

Caja de herramientas para los constructores del cambio

Víctor Viñuales

Para mis padres, de ellos heredé el planeta y todo, y para mis hijas,
Clara y María. Ellas son para mí el rostro cotidiano de las
generaciones venideras, las que heredarán nuestro planeta agua.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Parte primera

ESTO ES LO QUE HAY

Lo que vemos

Nunca como ahora

La distancia crece

Círculos viciosos

El cambio climático agrava las cosas

Los actores del cambio: soberbia y desconfianza

EL DESAFÍO

El 0,7% no puede resolver todos los problemas que genera el funcionamiento del 99,3% de la economía

Hemos perdido mucho tiempo

¡Cuidado con el plan perfecto! Actuemos ya

Parte segunda

LOS CONSTRUCTORES DEL CAMBIO

Se precisan constructores de sueños

Una minoría basta

UNA NUEVA CULTURA DE RELACIÓN ENTRE LOS CONSTRUCTORES DEL CAMBIO

Somos corresponsables. Somos a la vez víctimas y victimarios

Responsabilidad desigual

Los otros también valen

Necesitamos una cultura de colaboración selectiva entre los actores del cambio

Discutir y colaborar no son actividades incompatibles

El otro es otro y, además, nadie es perfecto

Aplicar el principio de la presunción de inocencia

Toda acción es impura

Reconocer y agradecer

Alta tolerancia con los amigos y casi amigos

Respeto, respeto... y otra vez respeto

Hay que construir una cooperación de ida y vuelta

Escuchar y hablar más con los otros

Confiar en la sociedad

Parte tercera

CRITERIOS PARA ACTUAR

Crear círculos virtuosos

Apoyar a los líderes: crear una red de cómplices por el cambio

El dios dinero debe ayudar al dios amor

Utilizar el discurso más elocuente: nuestros hechos

Concentrar nuestras energías en aquellas acciones más transformadoras

Cambio en dos fases: primero, la voluntad, después, la ley

Hacer visibles las consecuencias de nuestras acciones, aunque estén lejos de nosotros

VEINTICINCO INSTRUMENTOS PARA EL CAMBIO

Aprovechar las experiencias previas y construir sobre ellas

Hacer que la política del agua sea prioritaria para los gobiernos

Aprovechar las crisis

Crear crisis

Aprovechar el momento en el que los partidos políticos escuchan más y temen más

El derecho humano al agua, a las constituciones

Las administraciones públicas pueden ayudar a los ríos comprando de otra manera

Aprovechar el momento en el que los directivos empresariales escuchan más y temen más

El consumo es parte del problema... puede ser parte de la solución

Invertir consecuentemente con nuestros valores

Lo que no parece, no es

Vanidad y vergüenza

Reto colectivo, también local

Para cambiar la vida de millones de personas tenemos que idear acciones globales

Cambiar los termómetros

Necesitamos defensores de las generaciones venideras

Apadrinar lo común

Forjar alianzas plurales

Lo sagrado del agua

Estudios científicos

Imágenes

Web 2.0

Pactos de río

Píldoras de ánimo

Construir un clima cívico

**EPÍLOGO: NINGUNA HERRAMIENTA ES MÁS POTENTE
QUE LA ESPERANZA**

INTRODUCCIÓN

Este texto está escrito para la acción. Sabemos mucho, hacemos poco. Ése es el drama de nuestro tiempo. Mientras tanto, mueren los ríos, muchas veces envenenados por nuestra codicia, mueren los niños, y nosotros miramos a otro lado, como cambiando de canal de televisión.

Estas páginas están dirigidas a los constructores del cambio. Los cambios no se hacen solos, los cambios son hijos de las acciones de los hombres y mujeres que, insatisfechos con lo que existe, se ponen a la tarea de construir otra realidad. A esos constructores del cambio hacia un nuevo pacto con el agua, con la naturaleza, y con nosotros mismos, va dirigido este libro.

Los constructores del cambio con frecuencia se desmoralizan o riñen entre sí. En ambos casos, el cambio se frena. No haremos las paces con el agua y con nosotros mismos, no lograremos dar agua potable a todos los habitantes del planeta, si no logramos

multiplicar los constructores del cambio. Necesitamos más y los necesitamos más esperanzados.

Para cambiar la realidad se necesita querer hacerlo, tener esperanza en que las cosas pueden cambiar y querer ayudar a empujar ese cambio. En segundo lugar se necesita mucha tenacidad, mucho esfuerzo: la fuerza de la inercia es tremenda. El desarrollo sostenible no aparece como generación espontánea por el mero paso de los días. Y también se necesitan herramientas adecuadas para abrir la puerta de los cambios.

En las páginas siguientes se proponen herramientas para cambiar. Unas reflexionan sobre los constructores del cambio. Otras tienen que ver con la cultura relacional que deberían tener esos actores. Algunas tienen que ver con el enfoque de la acción, otras son ideas concretas para poner en práctica. Todas ellas, breves como píldoras, buscan provocar en el lector un diálogo con su propia experiencia como trabajador a favor de la nueva cultura del agua, a favor del derecho humano al agua.

Algunas de estas herramientas provienen de historias de éxito, otras nacen de fracasos, hemos acumulado muchos los constructores del cambio. Unas son hijas directas del trabajo de la Fundación Ecología y Desarrollo, otras son hijas de la observación de los proyectos que realiza un sinnúmero de organizaciones que trabajan para hacer las paces con el agua y para dar agua potable a todos los habitantes del planeta. Todas responden a la pregunta que nos ha tocado a nuestra generación: ¿Cómo podemos cambiar rápida, honda y extensamente nuestra manera de relacionarnos con el agua?

El tiempo apremia. Los desastres acumulados y el tiempo perdido no nos dejan mucho margen para la pereza. Tenemos que seguir hablando, debatiendo, aclarando dudas y confirmando certezas, pero, sobre todo, tenemos que hacer más y más rápido.

Hoy sabemos que los problemas ambientales tienen, en muchos casos, un comportamiento similar al cáncer, crecen, a veces lentamente, y de pronto se produce una metástasis, con la que es ya muy difícil lidiar con éxito. En muchos casos nuestros ecosistemas están al borde de la metástasis, por eso este libro es una llamada a la acción, a la acción urgente. La comunidad internacional se tomó ocho años para ratificar el Protocolo de Kioto, a pesar de que se sabía que contra el cambio climático el tiempo apremia sobremanera. No podemos actuar con esa desidia, con esa displicencia.

Este libro no se dedica a describir los problemas del agua en el mundo, hay mucha literatura al respecto, tampoco describe cómo deberían funcionar las cosas en una situación deseable. El objetivo explícito es aportar reflexiones, ideas y ánimo a los que trabajan para que las cosas cambien. Es tiempo de actuar. Es nuestro tiempo.

Parte primera

ESTO ES LO QUE HAY

Lo que vemos

Lo dicen los científicos y lo comenta la gente común: los ríos del mundo, los humedales y los acuíferos, salvo contadas excepciones, van a peor. Y lo mismo dicen, a su manera, los peces y las ranas.

Y como el agua no es buena ni para el junco, ni para la trucha, ni para el baño, ni para beberla.... sus víctimas crecen. Cada día

mueren más de 4.000 niños por enfermedades relacionadas con la falta de agua potable. Las fuentes del campo, que antes aliviaban la sed del caminante, están rotuladas con un aviso de peligro: agua no potable. El agua “silvestre”, casi de entrada, salvo excepciones, ni es buena para el baño ni es buena para beber.

Mejora nuestro conocimiento y mejoran nuestras leyes. Han cambiado mucho los discursos de nuestros dirigentes: siempre justifican los nuevos proyectos apelando al desarrollo sostenible. Pero no estamos tan convencidos de que esta mejora evidente y masiva en los discursos sobre el agua haya ido acompañada de una mejora proporcional en los hechos que actúan sobre su estado.

Nunca como ahora

Nunca en la historia de la humanidad hemos sabido tanto sobre el agua, su gestión, su ciclo hidrológico, sus contaminantes... Hemos vivido ya muchos fracasos en nuestra relación con el agua, hemos cometido auténticos desastres, hemos logrado éxitos. De unas y de otras experiencias hemos aprendido mucho.

Nunca en la historia de la humanidad hemos atesorado tanta capacidad tecnológica y científica. Somos la primera generación capaz de enviar una nave espacial a Marte para averiguar si hay agua. La oferta de posibles soluciones para afrontar los problemas del agua es inmensa.

Nunca en la historia de la humanidad hemos tenido tanta capacidad económica. Nunca en la historia de la humanidad ha habido tantas instituciones, tantas empresas y tantas ONG especializadas en el agua y la sostenibilidad. Nunca habíamos desarrollado herramientas prospectivas tan precisas y sofisticadas para “visualizar” el futuro.

La distancia crece

La distancia entre lo que decimos y lo que hacemos crece. La distancia entre los textos que resultan de las Cumbres Mundiales (la de Río de Janeiro, la de Johannesburgo...) y las acciones subsiguientes crece. Construimos laboriosos acuerdos internacionales, por ejemplo, el de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, para concertar voluntades del Sur y del Norte, con más de 180 países comprometidos..., pero ya nos hemos resignado a que no se cumplan.

Nos hemos acostumbrado a que una cosa sea lo que se dice, incluso lo que se firma en una Cumbre Internacional, y otra muy distinta lo que se acaba haciendo.

Muchas veces no se llega a entender por qué hay tanta resistencia a rubricar un compromiso, un convenio, un plazo, una cantidad concreta..., si después pasa el tiempo y, si no se cumple, nada pasa, nadie dimite. La vida sigue.

Entre los desposeídos crece la desconfianza en las promesas de los que mandan. El escepticismo, como hiedra abundante, va ocultando la pared de la esperanza. Los problemas crecen y el ánimo para resolverlos se marchita.

Además, el dolor se incrementa con la convicción de que los problemas del agua se pueden solucionar..., si se quisiera de verdad. Sabemos, somos capaces, pero... Ése sería el duro resumen de la situación actual.

Círculos viciosos

Cuando hurgamos en el porqué de lo que ocurre raramente nos encontramos con una sola causa. En seguida aparecen, anudados como las cerezas en un cesto, un conjunto de factores que se influyen mutuamente, que se ayudan unos a otros para que la situación se mantenga como está.

¿Por qué en muchas ciudades del mundo pobre y rico se pierde tanta agua en las redes de abastecimiento urbano y en las propias viviendas? La pregunta es una, pero las respuestas son varias. Veamos algunas: los ayuntamientos o las autoridades públicas responsables no invierten lo debido porque los responsables políticos para las elecciones dan prioridad a las inversiones más vistosas y fotografiables, sobre suelo y no bajo tierra. Los ciudadanos no usan con eficiencia el agua porque no pagan los costes reales, el agua es barata y tienen tecnologías poco eficientes porque no les compensa económicamente renovarlas. Se instalan tecnologías poco eficientes porque las autoridades públicas no crean una normativa de obligado cumplimiento que imponga la instalación de las mejores tecnologías disponibles. Las empresas que producen estas tecnologías más eficientes encuentran muchas dificultades para colocarlas en el mercado, porque ni son obligatorias ni es rentable económicamente la renovación de las tecnologías más obsoletas. Las que se instalan, en ocasiones, no son usadas de forma adecuada por los ciudadanos por desconocimiento e ignorancia. Los profesionales del sector (arquitectos, promotores urbanísticos, fontaneros...) no instalan estas tecnologías porque las desconocen. Los ayuntamientos no pueden renovar las redes de abastecimiento porque no tienen recursos económicos para invertir. Las autoridades políticas responsables mantienen esos precios subvencionados porque creen que el electorado castigaría las opciones políticas que subieran significativamente el precio del agua...

Podríamos seguir y seguir encontrando causas que expliquen el despilfarro de agua en las ciudades. Todas son ciertas y la mayoría de ellas tienen dependencia recíproca, se explican unas a otras.

En muchas ocasiones el fracaso en los intentos de transformar la realidad tiene que ver con que se actuó sobre uno de los factores, el resto siguió sustancialmente igual, y, finalmente, el cambio parcial no logró romper significativamente el círculo vicioso existente.

Los círculos viciosos, su nombre los obliga, gustan de perpetuarse, de reproducirse. Como si fueran un muelle que desplazamos gracias a un fuerte esfuerzo y, luego, cuando el cansancio nos vence, vuelve a su ser.

El cambio climático agrava las cosas

El cambio climático, como dice claramente el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC), se manifiesta, sobre todo, a través del agua: más sequías, más inundaciones, más zonas costeras amenazadas por el aumento del nivel del mar, desaparición acelerada de los glaciares...

Como consecuencia, los equilibrios existentes se romperán con mayor frecuencia. Una región que ayer tenía costumbres, infraestructuras, normativas y tecnologías complementarias, a resguardo de conflictos, mañana empieza a padecer, por ejemplo, sequías reincidentes y ese equilibrio estalla. Los conflictos entre usuarios se cronifican.

El cambio climático trae más dolor para los ecosistemas, las plantas no pueden huir de la sed, más dolor para el conjunto de los seres vivos, más dolor y desplazamientos para los seres humanos. El cambio climático rompe las fronteras entre los factores económicos, ambientales y sociales. A todos altera, a todos quiebra. La sequía extrema, que no deja resquicio a la esperanza, crea emigrantes desesperados que arriesgan todo lo que tienen, porque poco tienen, y cruzan fronteras y mares buscando luz y futuro.

Para mitigar nuestro impacto civilizador sobre la biosfera, y reducir nuestras emisiones de efecto invernadero, tendríamos que cambiar muchas políticas, muchas leyes, muchos precios, muchos valores, muchas rutinas... en muy poco tiempo. El último informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

indica una cifra que da idea de la urgencia con la que tendríamos que actuar: diez años.

El cambio climático en marcha y el que ya está previsto nos obliga a adaptarnos para sufrir menos. Y debemos adaptarnos en muy poco tiempo. Y romper muchas inercias. Tantos años haciendo las cosas de la misma manera... y ahora tenemos que aprender otra vez, y olvidar muchas cosas que aprendimos antes: no valen, son inútiles. Todavía más, nos hemos dado cuenta de que son las responsables de nuestra desgracia.

Para mitigar el cambio climático, para evitar que crezcan sus efectos negativos, debemos cambiar con gran celeridad. Para adaptarnos a las consecuencias que ya son inevitables, también. No es fácil. No va a ser fácil.

Los actores del cambio: soberbia y desconfianza

Los gobiernos creen con frecuencia que para cambiar la realidad basta la normativa que crean. Las empresas casi siempre creen que los problemas se atajan, y basta y sobra con tecnología y dinero. Muchas ONG creen que todos los problemas se solucionan con concienciación.

Aunque no lo expresen así, parecen afirmar que cada uno de ellos se baste y sobre para enderezar las cosas.

Las ONG no creen en la seriedad de los compromisos gubernamentales. Los gobiernos no creen en la seriedad de las ONG. Las empresas creen que los gobiernos hacen mejor cuando hacen menos. Las ONG no creen en las buenas intenciones de las empresas. Las empresas no creen en la eficacia y eficiencia de la ONG. Los hacedores de los cambios sociales, económicos, tecnológicos e institucionales -las administraciones públicas, las ONG y las empresas- se vigilan con recelo. El tiempo pasa.

Una gran parte de las energías que los actores del cambio emplean va dirigida a evitar que las iniciativas de los otros actores sigan adelante. Si pudiéramos hacer un balance de energías y recursos económicos desplegados por empresas, gobiernos y organizaciones sociales, nos encontraríamos con que más de la mitad de esos esfuerzos se ha empleado en evitar que los planes de los otros salieran adelante. En muchas ocasiones, esa política reactiva es necesaria para avanzar. Pero, escasos como son los días, da lástima desplegar tantas energías para frenar las iniciativas ajenas.

EL DESAFÍO

El 0,7% no puede resolver todos los problemas que genera el funcionamiento del 99,3% de la economía

Hubo un tiempo en el que los constructores del cambio descansábamos en un error: si todos los países aportaban el 0,7% de su PIB para las políticas de cooperación al desarrollo, podríamos acabar con la pobreza masiva en el mundo. Hoy sabemos que no es cierto. Hubo un tiempo en el que los ambientalistas descansábamos en un error: bastaba con proteger los lugares con una flora o fauna singular. Hoy sabemos que no es cierto.

Construir un desarrollo sostenible exige repensar el conjunto de nuestro modelo de producción, distribución y consumo. De forma similar, pactar con el agua, hacer las paces con las masas de agua del planeta y garantizar el derecho humano al agua en todos los países no se puede lograr sin replantear las bases del conjunto de nuestro sistema.

Por tanto, podríamos decir, para situar el tamaño de este desafío, que no se trata de reordenar el 0,7% de nuestra sociedad, se trata de reescribir el funcionamiento del 99,3% de nuestra economía y de nuestras sociedades.

Hemos perdido mucho tiempo

Los datos son tercos. Los indicadores del malestar del planeta se agravan. Los indicadores del malestar social se multiplican. El cambio climático está agravando una situación que ya era muy negativa.

Hemos perdido mucho tiempo, un tiempo precioso. Con los problemas ambientales ocurre lo que decía Maquiavelo de la tisis, que cuando casi no había certezas de que estaba allí, y había dudas sobre la fiabilidad del diagnóstico, era fácil de curar. Sin embargo, cuando todo el mundo percibía que ya se había instalado en el cuerpo del enfermo, y ya no había dudas con el diagnóstico, era muy difícil de curar.

Eso nos ha pasado con los problemas del agua en el mundo. Cuando unos pocos ecologistas y científicos señalaban los problemas de forma más incipiente, la situación era más fácil de atajar. Pero, ahora, cuando todo el mundo civilizado reconoce la gravedad del problema y los diagnósticos son claros e indubitables, entonces el desafío es enorme y el pronóstico incierto.

Hoy con el cáncer pasa algo parecido a lo que pasaba en los tiempos de Maquiavelo con la tisis: el momento en que empezamos el tratamiento condiciona nuestras opciones de salvación. Muchos médicos empiezan un diálogo difícil con los pacientes con la expresión: “Si usted hubiera venido antes”.

Hemos perdido mucho tiempo. La probabilidad de lograr reconducir de forma exitosa la situación y construir un desarrollo sostenible en el que hagamos las paces con el agua no es alta. Pero debemos intentarlo. Y pronto, porque cada día cuenta, cada día las víctimas se multiplican.

Ya sabemos que no es fácil, que, como nos advirtió Ortega y Gasset, la realidad es la contravoluntad. Ya sabemos que el poder

de la inercia es enorme. Ya hemos constatado, en muchos lugares y muchas veces, que una cosa es decir que se va a cambiar, y otra, cambiar realmente.

Los cambios profundos y amplios no son imposibles, pero son difíciles. En mi opinión, sólo se producen cuando hay una conciencia de crisis, de peligro, que nos da fuerzas para romper inercias y rutinas. Y esto vale para el cambio personal y para el cambio social. Para lo micro y lo macro. Con el regusto amargo de un infarto reciente, muchas personas dejan de fumar o comienzan a practicar un deporte, rompiendo así costumbres de décadas.

La constatación política, científica y mediática de que el cambio climático ya está entre nosotros ha creado un clima de emergencia medioambiental planetaria. Tenemos que actuar todos, tenemos que actuar ya. Quizás estemos ante una oportunidad de cambio sobre el uso sostenible del agua en el mundo si, gracias a esa conciencia general de emergencia planetaria, somos capaces de, con esperanza y ánimo, construir la arquitectura social necesaria para impulsar el cambio institucional, económico, tecnológico y cultural que precisamos.

Tenemos desafíos enormes: cambiar nuestro modelo energético, nuestro modelo de transporte, nuestras pautas de consumo, nuestra consideración del agua y de los ríos, dejar de verlos como metros cúbicos convertibles en dólares a corto plazo, y empezar a verlos como la sangre de la vida en el planeta.

Necesitamos cambiar nuestras leyes, porque los gobiernos del mundo deben entender YA que una de sus principales obligaciones como servidores públicos es garantizar el derecho humano al agua a los ciudadanos de su país. Del mismo modo que los gobiernos garantizan el derecho de asociación y el voto para todas las personas, deben garantizar que los que votan por derecho beban agua buena por derecho.

Necesitamos cambiar las prioridades públicas. Si podemos dar agua potable a todo el mundo congelando durante cinco días el gasto militar en el mundo, hagámoslo YA.

Necesitamos dejar de mirar el agua, los ríos, los humedales, los acuíferos... con ojos codiciosos, hinchados de avaricia. Nuestros hijos no se merecen el robo pertinaz de su derecho a disfrutar de los recursos naturales pasado mañana. El envilecimiento moral que significa robar el futuro al que no puede defenderlo debe acabar YA.

Estamos empujando el cambio desde hace décadas, pero la situación mejora poco y el tiempo pasa. Las fuerzas de los portadores de este sueño de cambio siempre serán escasas para la dimensión de la tarea, para la fuerza de la inercia y para contrarrestar la resistencia activa de los intereses económicos creados.

Por eso tenemos que trabajar en dos direcciones, sumar al viento del cambio e incrementar la productividad de nuestros esfuerzos. No es fácil, y, con frecuencia, mucha gente se siente empapada por la niebla del desánimo y la desesperanza. No digo que no haya razones para ello. Pero la civilización que tiene por primera vez en la historia de la humanidad el conocimiento y el poder para dar de beber a todos sus semejantes y para hacer las paces con el agua no debe tirar la toalla ahora. Todavía no.

Es tiempo, como recomendaba Gramsci, de realismo en la valoración de las razones y los datos, pero también de ánimo y esperanza para empujar el cambio. André Malraux decía que el motor de la revolución es la esperanza. De eso se trata: de hacer en muy poco tiempo cambios muy profundos: se trata de hacer una revolución, la revolución del agua, la más antigua, la más actual. Y se trata de hacerlo con el motor de las revoluciones, con esperanza.

¡Cuidado con el plan perfecto! Actuemos ya

Lo que ocurre, aunque siempre necesitamos saber más e incrementar nuestro conocimiento sobre los problemas, lo sabemos.

Lo que debería ocurrir, aunque tenemos controversias, también lo sabemos razonablemente. Pero pasar del hoy real al mañana deseable no es un salto mental, que se da en el campo del conocimiento, es un salto real que tienen que dar los ríos, las conexiones domiciliarias, los humedales...

Las ranas deben notar que las cosas están cambiando, que el mundo vuelve a ser también para ellas. Los temerarios que se bañan en los ríos deben notar que vuelve a ser un placer. Los acuíferos deben notar que ya no se cargan de nitratos y de pesticidas. El estómago de los niños, cargado de parásitos, debe notar cambios, debe notar que el agua nueva ya no viene cargada de problemas, que ayuda a vivir y no a morir.

Lo que cambia la realidad no son nuestras intenciones, nuestros deseos o nuestros textos... Intenciones, deseos y textos son importantes para preparar la acción, pero por sí solos no cambian la realidad. Lo que cambia la realidad son nuestras acciones.

Es preciso actuar ya. Sigamos estudiando, sigamos debatiendo, es bueno, es necesario. Pero no dejemos de actuar por ello. Los debates del cambio climático han sido tristes, desalentadores. No había certidumbre sobre el diagnóstico, luego no hacíamos nada, ni lo dudoso, ni lo siempre certero. No podemos seguir por ese camino. La incertidumbre sobre algún aspecto no debe paralizar nuestras acciones. Además, en muchas ocasiones, sólo acabamos sabiendo cuando hacemos.

Cuando hay una emergencia, y las masas de agua en el planeta viven una situación de emergencia, se necesitan acciones urgentes.

Y emergencia es también, querido lector o lectora, que en el tiempo que tardas en leer esta página mueren quizás tres niños, quizás cinco niñas, por enfermedades relacionadas directamente con el agua contaminada. Muertes de diarrea, de deshidratación... Muertes evitables, muertes que no deberían ocurrir, muertes que nos avergüenzan como civilización.

Actuar ya no es un llamamiento a actuar precipitadamente, confusamente. Actuar ya es poner las cosas en su sitio. Hay muchas cosas seguras, sobre cuya bondad no dudamos, que no tienen daños colaterales conocidos, no tienen efectos secundarios perniciosos. No tenemos excusas para no hacerlas. Cuando haya acciones de dudoso beneficio, pensémoslas. Sin embargo, cuando haya acuerdo y consenso en la bondad de determinadas acciones, actuemos. Trabajemos en ellas.

En muchas ocasiones el freno del cambio viene disfrazado de virtud: la propuesta de hacer un plan global e integral acaba produciendo, como efecto secundario no deseado, un retraso de la acción cierta y benéfica. Esa búsqueda de la perfección acaba en la inacción. La elaboración de un plan global muchas veces es utilizada por las administraciones públicas como un sucedáneo de la acción. Mientras se elabora el plan, las acciones prácticas se paran.

Planificar para guiar la acción es necesario, es una virtud. Planificar para aplazar las acciones, es pecado. No hay ninguna contradicción en detener un vertido contaminante a la vez que se sigue elaborando un plan global de control de los vertidos. Los planes no son fines en sí mismos, son medios, muy útiles, para ordenar y dar prioridad a nuestras actuaciones.

Decían los clásicos: al final de la tarde, nos examinarán de amor. Remendando la frase podríamos decir: al final de la tarde, nos examinarán por nuestras obras, no por nuestros planes.

Parte segunda

LOS CONSTRUCTORES DEL CAMBIO

Se precisan constructores de sueños

Gioconda Belli es una excepcional poeta nicaragüense. Tiene un poema titulado “Portadores de sueños”. Es muy bello. Narra el incesante vagar de los que sueñan otro mundo mejor, más libre, más justo, más fraternal... Me gusta el poema, pero ahora necesitamos constructores de sueños. Necesitamos soñar, es imprescindible, pero donde estamos más retrasados es en la asignatura de construir lo que soñamos. Los ríos y los niños con sed de agua buena claman por gente que les ayude a modificar su dolor cotidiano: los constructores del cambio.

Hay muchas personas que ya están trabajando en el planeta para hacer las paces con el agua, que están arrepentidas del maltrato reiterado que hemos infligido a los ríos, a los deltas, a los acuíferos, a los humedales, a los lagos, a todas las masas de agua. Hay muchas personas trabajando duro para lograr que todo ser humano, por serlo, tenga acceso garantizado a agua buena. Muchas de ellas están dentro de instituciones locales, regionales, nacionales o internacionales. Muchos funcionarios públicos y muchos responsables políticos se esfuerzan por crear bienestar general en la sociedad y por mejorar las relaciones de ésta con la biosfera.

Muchas personas están trabajando desde la sociedad civil, en asociaciones voluntarias de ciudadanos, o trabajando dentro del sistema educativo, en la universidad en las escuelas primarias, en los institutos de secundaria...

Hay muchos profesionales independientes que, como trabajo o como vocación, dedican sus desvelos a construir una nueva cultura del agua, un efectivo derecho humano al agua.

Hay muchas empresas que han encontrado una conexión entre su negocio y el desarrollo sostenible, y producen bienes o servicios con poco impacto ambiental. Hay muchas otras que buscan cómo minimizar su impacto sobre el ciclo del agua, porque entienden que las masas de agua se deben usar, pero no se deben contaminar. Hay muchas personas, dentro de empresas que desempeñan

actividades francamente discutibles, que trabajan para virar el rumbo de su empresa hacia la sostenibilidad.

Los principales actores del cambio son los gobiernos, que con sus políticas, presupuestos y leyes tienen un enorme potencial de cambio; las empresas, que atesoran conocimientos operativos y recursos muy útiles; y las ONG, que germinan nuevos valores y nueva cultura. Junto a estos tres actores clave, existen muchos otros que desempeñan papeles muy relevantes: científicos, medios de comunicación, artistas, universidades...

Necesitamos más constructores del cambio, necesitamos que tengan más confianza en sí mismos, más confianza en su poder transformador y más autoestima. Pero necesitamos que esa confianza en sí mismos no merme el reconocimiento de lo que aportan al cambio social los otros actores sociales. Necesitamos una cultura de colaboración entre los constructores del cambio. Necesitamos que se respeten mutuamente, que sepan discutir y colaborar a la vez... Necesitamos que sumen sus fuerzas, que las multipliquen. Necesitamos, en definitiva, que los constructores del cambio se doten de una nueva cultura para relacionarse entre sí.

Desde cualquier lugar se construye el cambio. Donde hay una persona a la que le duele la realidad, que sueña otra, que tiene ánimo y coraje para dar el primer paso y que tiene tenacidad para dar los siguientes, hay un constructor del cambio. Necesitamos a esas personas.

Y las necesitamos porque nada vale si no hay personas dispuestas a cambiar las cosas. Ellas son el todo del cambio social. No el dinero, no las leyes, no las tecnologías... La sociedad movilizadora es la lluvia fuerte que trae los cambios, como anuncian los poetas.

Una minoría basta

Muchas personas están trabajando duro para hacer las paces con el agua y para que todo ser humano tenga agua buena. Son una minoría, dirán los pesimistas. Pero los cambios sociales siempre los han hecho las minorías. El número no es el problema. Todos los grandes avances sociales que hemos conseguido los han iniciado minorías. Lo que hoy es de toda la sociedad, ayer fue cosa de unos pocos. Desde el voto de las mujeres a la escuela pública. La propia idea de que los poderes públicos tienen que garantizar el acceso al agua potable en los domicilios de los ciudadanos no nació como una convicción de mayorías. Por así decirlo, el cambio social de las mayorías exige que se ensaye en el “pequeño laboratorio de las minorías”.

No tiene sentido, pues, la queja muy común de que somos pocos, como un argumento desmovilizador de la acción. Siempre son pocos los que promueven los cambios.

El verdadero problema es que muchos de los que quieren cambiar las cosas no hacen nada, o casi nada, para cambiarlas. El problema es que muchos soñadores del porvenir no agarran las herramientas para construirlo. Reniegan del presente y sueñan el futuro deseable. Ambas acciones son necesarias, pero no son suficientes. La realidad que nos hiere no se modifica si no hay un tercer paso: construir el cambio: pasar de las ideas a los hechos.

El absentismo de los soñadores del cambio es el auténtico problema. El drama es que se quedan entre las sábanas, acunados por el calor de las ideas, y no engrosan las filas de los constructores del cambio, que trabajan a la intemperie. A veces con sol de primavera, a veces con lluvia y viento.

Para hacer las paces con el agua en el planeta, para dar agua potable a las personas que lo habitan, basta con una minoría..., activa.

UNA NUEVA CULTURA DE RELACIÓN DE LOS CONSTRUCTORES DEL CAMBIO

Somos corresponsables. Somos a la vez víctimas y victimarios

Todas las personas usamos el agua. Más o menos, pero todas las personas somos usuarios del agua, todas la contaminamos, la disfrutamos y la necesitamos. Y eso vale para los ricos y para los pobres, para mujeres y hombres... Y no hay actividad económica que, en primera o segunda instancia, no necesite agua.

Esa ubicuidad del recurso, esa necesidad masiva y general hace de la política del agua algo especial. De los problemas del agua todos podemos ser víctimas y todos somos sus victimarios.

En la sociedad hay una tendencia, que viene de lejos, a la especialización. Unas organizaciones se ocupan de unos temas, otras de otros, cada una focalizada en su especialización.

Sin embargo, la revolución del agua de la que estamos hablando, que implica un cambio brusco hacia la sostenibilidad, empujado por la lucha contra el cambio climático, exige que todos los actores “se mojen”.

Lograr que toda persona, viva donde viva, tenga agua buena que beber no es sólo asunto de las organizaciones de cooperación al desarrollo. Cualquier ciudadano que goce del enorme placer de tener agua corriente en casa, de poder ducharse y limpiarse de polvo y de preocupaciones, debería hacer algo, siquiera poco, para que sus semejantes también tengan la posibilidad de beber sin miedo, de limpiarse con placer. Cualquier ayuntamiento, cualquier empresa, cualquier gobierno, cualquier clínica, cualquier tienda de ropa de diseño..., todos deben hacer lo que está en su mano, no más, tampoco menos, para acabar con esa lacra que nos debería sonrojar a todos.

La reconsideración del agua, volverla a ver como lo que siempre ha sido, como lo que es: como la fuente de vida, el ADN de la vida, donde la vida duerme y descansa, sólo es posible de verdad si la revolución cultural que implica nos alcanza a todas las entidades, a todas las personas. Las escuelas deben hacer, los agricultores deben hacer, las empresas deben hacer, los niños deben hacer, los mayores deben hacer...

Mucho potencial de cambio no se moviliza porque hay un enfoque paralizante: si no lo hace el otro no servirá para nada. Se niega el valor del acto unilateral. En los debates sobre el protocolo de Kioto éste ha sido un asunto que ha interferido, e interfiere continuamente todavía, en los compromisos de acción. Si Estados Unidos no hace nada contra el cambio climático, que tiene una cuota de responsabilidad enorme en la generación y en la resolución del problema, todo lo que hagamos las otras naciones no tiene sentido, no arregla nada. Esta manera de razonar se podría resumir como: si no hacen los más responsables, yo no hago nada.

Éste es un enfoque comprensible, pero nos arroja a la inacción. Todo el mundo señala al otro diciéndole: tú primero. Nadie hace nada.

En muchas sociedades se oye este discurso exculpatorio de la propia acción, si no actúa el ayuntamiento de qué sirve que actúe yo, si no actúan los agricultores de qué sirve que actúen los ayuntamientos. Los agricultores dicen: “si no actúan las grandes empresas, para qué sirve que actuemos nosotros”..., y la rueda de coartadas exculpatorias para justificar la propia inacción se alarga hasta el infinito.

Es un círculo vicioso que se rompe con un pensamiento divergente. Yo actúo porque soy corresponsable, y con mi acción me cargo de razón para pedir que el otro también actúe, es una reivindicación de la unilateralidad. Esta política de responsabilidad unilateral ha sido la política que ha realizado la Unión Europea frente al cambio climático. Es la política de corresponsabilidad que se precisa para afrontar los problemas del agua.

Como se recomendaba antes en los pueblos de España: la calle estará limpia si cada cual barre su trozo de acera. De eso se trata, de que cada cual barra su trozo de acera, haga lo que haga el vecino, aunque el vecino no haga nada. Así de fácil, así de ambicioso.

Responsabilidad desigual

Todos somos corresponsables, pero no en el mismo grado. Quien tiene más poder tiene más responsabilidad. Y quien tiene más responsabilidad debe ejercerla.

El llamamiento general a la responsabilidad colectiva no debe diluir una obviedad: hay entidades, empresas e instituciones que tienen una cuota mucho mayor de responsabilidad.

Las empresas eléctricas, por ejemplo, cuyos proyectos a menudo han convertido a los ríos en caricaturas de sí mismos, deben reconsiderar su papel en la generalización de la nueva cultura del agua que necesitamos. Las empresas privadas de abastecimiento de agua, a menudo cuestionadas por sus actuaciones en las ciudades de los países empobrecidos, deben reconsiderar cómo se concilia la búsqueda del beneficio, consustancial a cualquier empresa, con la satisfacción de ese derecho humano al agua potable.

Los ayuntamientos, que animan a los ciudadanos a usar con eficiencia el agua, deben aplicarse el cuento. Ellos son las instituciones responsables, deben actuar y dar ejemplo al resto de la sociedad.

El concepto general de corresponsabilidad no debe ocultar que la responsabilidad es muy desigual. Por eso lo poderosos tienen que hacer más, tienen más poder, tienen más responsabilidad.

Cuando los que tienen más poder y más responsabilidad no actúan ocurren dos cosas. En primer lugar, “su trozo de acera permanece

sin barrer”, no contribuyen, no suman. Su hueco no lo puede llenar nadie. En segundo lugar, contribuyen decisivamente a recortar el ánimo social. Muchos se desmovilizan cuando ven que los más responsables no se mueven.

Lo que hacen o dejan de hacer los poderosos es muy importante en sí, y es decisivo para lograr la movilización de la sociedad.

Los otros también valen

A menudo, la incomunicación con los otros actores o su ninguneo no tiene que ver sólo con el juicio moral sobre la bondad de sus acciones. Muchas veces existe un factor que nubla el entendimiento. Y es simple. No acabamos de entender el papel irremplazable que el otro actor desempeña en el devenir social.

Si las empresas entendieran que las ONG son la voz del porvenir, valorarían más su contacto y el dialogo con ellas. Si se dieran cuenta de que muchos de sus negocios se fundan en una antigua reclamación de las ONG, estudiarían lo que dicen para oler el porvenir, para orientar sus inversiones de futuro. Si las empresas entendieran que las depuradoras, las potabilizadoras, los contadores de agua, los sistemas de uso eficiente del agua... han sido antes que nada reivindicaciones de los movimientos sociales y las entidades no lucrativas, cultivarían más su amistad.

Si las ONG se dieran cuenta de que para generalizar una idea, para hacerla realidad de mayorías, se precisa la intervención de las empresas, estarían más dispuestas a la colaboración con ellas.

Si los gobiernos del mundo se dieran cuenta de que, como dicen reiteradamente las encuestas de opinión, los ciudadanos creen más a las ONG que a los gobiernos, acordarían con éstas estrategias orientadas a promover los valores de la sostenibilidad entre la ciudadanía... y gastarían menos dinero en sus campañas oficiales.

Las relaciones más críticas son las relaciones entre los “viejos” actores, acostumbrados a relacionarse y entenderse, y el nuevo

actor, los movimientos sociales, las ONG. Pero los cambios que se deben promover son enormes y muy rápidos, tenemos que lograr una gran movilización social, tenemos que “tensar” el cuerpo social. Y esa tarea es muy difícil de resolver eficazmente sin la participación de una sociedad civil articulada.

Además, ya sabemos que para lograr ríos limpios se necesitan leyes adecuadas, dinero, depuradoras idóneas, pero es inexcusable el compromiso de la ciudadanía. No hay dinero suficiente, ni policía suficiente para compensar los daños colaterales que causa la falta de compromiso cívico. Los problemas del agua no pueden ser resueltos por un solo actor. Sin lo que el otro aporta, no hay solución.

La mañana en que los gobiernos, las empresas y las ONG logren ver, sin maquillaje, los problemas existentes (ríos y acuíferos contaminados, millones de personas sin poder beber agua potable, sequías, inundaciones...), y vuelvan la mirada hacia sus propias manos, la fuerza de sus manos, se abrirán a la suma y a la colaboración, humildes y dispuestos

Necesitamos una cultura de colaboración selectiva entre los actores del cambio

Necesitamos una cultura de colaboración entre los actores del cambio. Si sólo pelean entre sí, lo cual no es infrecuente, muchas energías transformadoras se pierden, se anulan.

No tendremos suficiente tiempo para cambiar las cosas si sólo nos dedicamos a frenar las iniciativas de los otros. Si las energías, recursos y talentos están volcados en destruir las iniciativas de los otros, después de trabajar mucho, cuando levantemos la vista, constataremos que la sociedad ha avanzado muy poco.

En cualquier caso, esa cultura de colaboración debe estar guiada con los mismos criterios que conducen el amor y la amistad: con quien yo quiero, cuando yo quiero. Con la libertad de elección como bandera y lema. Lógicamente, siempre atendiendo al pragmatismo: hay proyectos que llaman a la participación de un actor. Todavía más: hay proyectos que no son viables sin la participación de tal o cual actor social.

Es obvio que frente a la generalización abusiva de que con el otro sector no cabe la colaboración, tampoco es razonable la generalización abusiva de que sea positivo colaborar con cualquiera del otro sector y para cualquier cuestión. En definitiva, lo que propugnamos es una cultura de colaboración selectiva, en la que la argamasa de las relaciones duraderas y la libertad de elección estén garantizadas. Así, las colaboraciones serán útiles y largas.

Pero esta nueva cultura de colaboración selectiva no nace por generación espontánea, nace del trabajo compartido y a partir de enfoques adecuados.

Discutir y colaborar no son actividades incompatibles

Estamos educados en una cultura maniquea, de blanco o negro, en la que los grises no existen. Los demás se dividen en dos: amigos y enemigos. O estamos de acuerdo al cien por cien o discrepamos al cien por cien. Necesitamos ser más complejos, no podemos seguir pensando con los restos de cerebro de reptil que todos llevamos dentro. Necesitamos un enfoque más elaborado, más matizado, más sutil.

En el siglo XXI, para afrontar con éxito el desafío tan enorme que tenemos ante nosotros, necesitamos salir de la prehistoria de las relaciones que hemos mantenido en el siglo XIX y el siglo XX. Necesitamos empresas, administraciones públicas y ONG que sean capaces de mantener debates y discusiones sobre lo que les separa y, a la vez, mantengan líneas de colaboración y de trabajo compartido en lo que están de acuerdo. Ése es el desafío. De otra

forma despilfarraremos un sinnúmero de energías sociales..., y no sobran.

Tenemos algunos ejemplos positivos de colaboración transfronteriza entre empresas, ONG y gobiernos, pero son la excepción, no son la norma. En un estado de Estados Unidos existe una asociación que fomenta el uso eficiente del agua, entre empresas abastecedoras de agua y organizaciones ecologistas, y su composición es paritaria. Funcionan por consenso.

Los asuntos del agua son complejos y poliédricos, por lo tanto, es normal –y bueno– que haya distintos enfoques y distintas alternativas para resolver un mismo problema. Luz y taquígrafos, que haya debate, que haya información, que haya opinión dispar. Pero junto a esta constatación de diferencias, también sabemos que existen zonas de acuerdo en las que se puede trabajar conjuntamente.

No habrá posibilidad de resolver los desafíos que comporta un uso sostenible del agua en el siglo XXI si no desarrollamos esta capacidad de discutir y trabajar al mismo tiempo.

El mundo se reía de un alto dignatario del que, para subrayar sus limitaciones intelectuales, se decía que no era capaz de andar y mascar chicle al mismo tiempo. Gobiernos, empresas y ONG deben superar rápido esa fase infantil, esa minusvalía colectiva, en la que han estado enfrascados en los últimos años, y deben aprender a trabajar y discutir a la vez. Nos va mucho en ello.

El otro es otro y, además, nadie es perfecto

En muchos casos, lo que molesta, lo que no se entiende del otro, tiene que ver con su misma sustancia. Muchas empresas se quejan de que las ONG son poco profesionales (sic). Muchas ONG se quejan de que las empresas quieren ganar dinero (sic). Muchos gobiernos se quejan de que las ONG casi siempre critican sus acciones y que no representan de verdad a los ciudadanos porque nadie les ha votado (sic). En los juicios sobre el otro, un problema

grave es la incomprensión de raíz: no se entiende bien el rol que cumplen en el funcionamiento social. Entender al otro, lo que puede hacer, lo que no, sus limitaciones y sus posibilidades es fundamental para construir una colaboración eficaz.

Entender hasta la médula, con el corazón, una verdad simple y a menudo olvidada, como todo lo obvio: que nadie es perfecto, también ayuda a construir esa cultura de colaboración selectiva - con unos sí con otros no, para esto sí para esto no.

El olvido de esa verdad de Perogrullo ha hecho, y sigue haciendo, mucho daño a los soñadores y constructores de los cambios en la política del agua. Con mucha frecuencia exigimos al otro un comportamiento excelso que nosotros no tenemos. Excusamos con facilidad nuestros errores, pero no acabamos de entender la razón por la cual el otro los tiene.

La aplicación del principio de “realismo humanista” -empresas, gobiernos y ONG no somos perfectos, somos mejores unos que otros, pero desde el humilde reconocimiento de que el aliento del error y la imperfección nos alcanza a todos- nos ayudaría a construir relaciones de colaboración más sólidas y más duraderas.

La pregunta pertinente para juzgar la idoneidad de una colaboración no es si esa organización es perfecta o no, si pertenece a la lista de los justos o a la de los impuros... Las preguntas pertinentes son: ¿la organización sobre la que dudamos es mejor que la media de su sector? ¿El proyecto es interesante en sí mismo? ¿La organización está en una línea de progreso de cambio positivo? ¿La colaboración será útil para la sociedad?

Ya sé que son preguntas menos absolutas, menos sagradas, pero cambiar el mundo, la realidad del mundo del agua, la realidad que afecta a las personas concretas, a los seres vivos concretos, a los ecosistemas concretos... tiene ver con la utopía, pero también tiene mucho que ver con el pragmatismo.

Aplicar el principio de la presunción de inocencia

La Constitución española, como otras en el mundo, consagra el principio de la presunción de inocencia como una garantía para el ciudadano. De entrada, salvo prueba de lo contrario, el otro es inocente. Con tal fin se construye un edificio jurídico, para garantizar que ese principio no se vea conculcado en la práctica social o gubernamental.

Pues bien, ese principio tan básico que se afirma en las leyes fundadoras de muchos países no se aplica a la mayoría de los actos de los tres actores clave para el cambio ambiental. Muchas de las decisiones de empresas, gobiernos y ONG están preñadas de prejuicios sobre los otros.

Es muy difícil comenzar una relación cuando se parte de este nivel de desconfianza. Es improbable que una colaboración se construya cuando los potenciales colaboradores sospechan del otro.

Una cosa es pensar, discutir y argumentar que tal entidad ha cometido un error, y otra muy distinta es creer que la entidad ya tenía una intención malévola, y que esa intención maléfica es la que explica ese error. Se discute de manera muy desigual. No afirmo que el mal no exista o que el comportamiento delictivo no exista, lo que afirmo es que, de entrada, debemos ser bienpensantes y tratar a los demás como nos gustaría que nos trataran a nosotros, sin juicios de intención apriorísticos.

Esa disposición inicial es un sustrato sobre el que sí pueden crecer las relaciones de colaboración fructíferas. Sobre la desconfianza y la sospecha no crece ni la fina hierba.

Toda acción es impura

Cuando hacemos algo, cuando pasamos de los sueños a los hechos, cuando pasamos del plan a la acción, necesariamente, “traicionamos” nuestras intenciones. Así nos pasa a nosotros, así les pasa a los otros. Para nuestras “traiciones” encontramos justificación, para las de los demás... nos cuesta más. Claro que en la vida hay traiciones y “traiciones”. Hay ocasiones en que la idea original se ha esfumado totalmente en su realización. En otras, simplemente, se trata de la erosión natural que tiene cualquier idea cuando la intentamos materializar.

Este asunto, antiguo y conocido, sencillo de enunciar y de entender, es responsable de una gran parte de la conflictividad existente entre los actores del cambio.

Quien cruza la acera y pasa de la comodidad de opinar sobre lo que ocurre a hacer que las cosas ocurran debe aceptar dos dolencias: el dolor de no hacer las cosas tal cual las soñó y el dolor de ver cómo los de la acera de las opiniones comentan, a veces con acritud, las acciones impuras que fatigosamente crea.

Ambos dolores y las emociones que suscitan son responsables del clima de desconfianza que compromete la creación de oportunidades de colaboración entre los actores del cambio.

La aceptación de que toda acción es impura menguaría la agresividad hacia las acciones de los otros y aumentaría nuestra comprensión acerca del actuar ajeno.

Reconocer y agradecer

Uno de los guijarros que hacen más difícil el camino de la colaboración es el sentimiento, que yo he percibido en muchas miradas, de que los otros no reconocen ni valoran lo uno hace, de que sólo se fijan en lo que haces mal, por una especie de tortícolis interesada, que sólo permite mirar al otro cuando falla.

Y esa falta de reconocimiento hacia lo que se ha hecho bien la he visto en los ojos de los funcionarios públicos, en los ojos de los líderes sociales y en los ojos de los empresarios. Todos la sufren como víctimas, pero a veces no son capaces de ver que también son victimarios.

Las relaciones mejorarían mucho si los actores se sintieran valorados por lo que sí hacen bien. Entonces, tras las felicitaciones, las críticas serían más legítimas. De esta manera, quedaría claro que se critican los hechos concretos y no, sustantivamente, a quien los ha realizado.

Muchas ONG tienen el sentimiento de que los gobiernos no valoran toda su ingente labor de cambio cultural. Muchas autoridades tienen el sentimiento de que las ONG no ven nada positivo en lo que hacen, que todo está mal, que nunca aciertan. Muchas empresas tienen la idea de que nunca es suficiente lo que hacen, de que siempre están en falta y son tratados como presuntos delincuentes. Y, muy posiblemente, todos tengan razón en sus percepciones.

Decía un clásico que la gratitud es la mayor de las virtudes y, posiblemente, la madre de todas ellas. Esa falta de gratitud hacia lo que los otros hacen envenena mucho las relaciones. Y los otros a veces son actores de distinta condición, y, en otras ocasiones, son actores similares. Y entonces duele más.

Alta tolerancia con los amigos y casi amigos

Es paradójico, pero es muy común: las discusiones entre los constructores del cambio suben de tono con frecuencia, tanto que parece que son enemigos. Y en realidad no es así, trabajan por un horizonte emancipador parecido.

Esas discusiones no sólo consumen tiempo, su efecto fundamental es, sobre todo, regar los días de mezquindad y consumir uno de los alimentos más valiosos para el camino de los cambios: el ánimo de los caminantes.

El dolor de las críticas de los que deberían ser amigos es superior a cualquier dolor y agosta muchas energías de los hacedores de cambios.

Es necesario desarrollar una cultura de la tolerancia, del respeto a la manera en que los otros quieren cambiar la realidad. A fin de cuentas, nadie tiene la certeza de que su apuesta sea la mejor. Sólo al final, pasado el tiempo, se puede valorar de verdad la eficacia de las acciones. Sólo la historia habla con claridad... pasado el tiempo.

Respeto, respeto... y otra vez respeto

Hay constructores del cambio que viven en el Norte, un azar. Hay constructores del cambio que viven en el Sur, otro azar. Muchas veces entran en relación y hay organizaciones del Norte que realizan programas y proyectos de cooperación al desarrollo en los países empobrecidos. Eso está muy bien.

Pero a veces hay problemas. El diálogo entre ONG o gobiernos que plantean problemas y evidencian la pobreza, y ONG y gobiernos que aportan euros o dólares no es equilibrado. Es preciso recordar en este encuentro de voluntades que lo que es adecuado hacer en el Sur lo deben decidir los habitantes del Sur. Es preciso recordar que las soluciones que fueron buenas en un país, si así fueron, no tienen por qué serlo en otros países. Es preciso recordar que los países empobrecidos tienen el derecho de encontrar su propio camino, su propio desarrollo. Es preciso recordar que, de entrada, quien mejor conoce los problemas y las soluciones de un país son sus propios habitantes, las organizaciones e instituciones de ese país.

Tener buenas intenciones no basta. La solidaridad no basta. Con esa bandera se han realizado verdaderos desastres. Hay que ayudar bien y hay que respetar las instituciones, la sociedad y las organizaciones del Sur. Así de sencillo.

Hay que construir una cooperación de ida y vuelta

El ejemplo de lo que hicieron los países más ricos puede servir a los constructores del cambio en los países empobrecidos. Pero también vale la dirección contraria. El Norte necesita cambios, por su propio interés y para lograr construir un desarrollo sostenible en el planeta, y muchas de las respuestas que necesita el Norte provienen del Sur. Hay que escuchar al Sur. Hay que construir una cooperación de ida y vuelta.

Las innovaciones tecnológicas, que surgen como subproducto de la cantidad de recursos económicos invertidos, suelen proceder del Norte, pero, en los últimos tiempos, las innovaciones sociales están llegando del Sur. Atender a esos cambios culturales del Sur es muy importante para el Norte, necesita cambiar, necesita respuestas.

Para buscar respuestas, los constructores del cambio deben buscar en todas las direcciones, en el Norte y en el Sur. Las entidades del Norte deben corregir su rutina de buscar las soluciones al futuro de los países menos desarrollados en la historia de los países más desarrollados. Y las entidades del Sur, ONG, empresas y autoridades públicas, también deben percibir las sombras de los países desarrollados. No están condenados a repetir sus errores, deben aprovechar la ventaja del tiempo. Pueden saltarse esos errores.

Un buen ejemplo es que muchos países del Sur, gracias a los errores de los países del Norte, pueden gestionar las aguas subterráneas de forma integrada con las aguas superficiales.

.

Escuchar y hablar más con los otros

Pocas acciones son más baratas que hablar, y pocas son más útiles. No hay posibilidad de colaborar, de entenderse y de trabajar juntos si, como requisito previo, no hemos hablado con el otro, si no entendemos bien sus esperanzas y sus miedos, sus razones y, sobre todo, sus emociones.

En varias zonas del mundo existe déficit hídrico, es importante, cierto, pero se habla poco del déficit de diálogo entre empresas, ONG y gobiernos. No hay posibilidad de crear la cultura de colaboración que los tiempos exigen si no incrementamos significativamente el tiempo que dedicamos a entender a los otros, a escucharlos.

En la actualidad, al menos en lo que se refiere a las relaciones más recientes y problemáticas (la relación entre las empresas y las ONG, y la relación entre los gobiernos y las ONG) se dialoga cuando existen los conflictos, pero no hay espacios de diálogo normalizados.

Con la distancia y la incomunicación crece la hierba de la desconfianza. Y si la hierba de la desconfianza crece y se hace alta, los senderos de la colaboración se pierden.

Confiar en la sociedad

Los actores clave mencionados son tres, pero para que haya cambio, para que haya una revolución mental y real en los cinco continentes, de manera que en muy poco tiempo aprobemos asignaturas antiguas, reiteradamente suspendidas, y por fin hagamos las paces con el agua y con nosotros mismos, necesitamos involucrar activamente a la sociedad. Para dar saltos cualitativos, necesitamos generar una complicidad cívica sin precedentes.

Por qué no pensar, por ejemplo, en una red de vigilantes, con SMS o e-mails, de los cursos de agua. No hay delincuentes que

puedan burlar ese control social. Si un problema es masivo, su resolución exige una fuerte implicación social.

Todas las organizaciones se vuelven conservadoras con el tiempo. Las empresas, los gobiernos, las ONG... El viento fresco de la sociedad civil rompe sus dudas y empuja el cambio. Generar este viento debe ser un objetivo explícito de gobiernos, ONG e, incluso, empresas. Sin un tsunami social, que remueva inercias, instituciones, leyes y rutinas obsoletas no lograremos hacer tantas tareas en tan poco tiempo.

Si los gobiernos sienten la complicidad o la presión de los ciudadanos subirán las tarifas, invertirán en obras de subsuelo, prohibirán prácticas delictivas, estimularán proyectos de cambio... Si las empresas se sienten examinadas por los consumidores sobre su política en relación con los cursos de agua, tomarán medidas y dedicarán recursos. Si la sociedad mira, habla y actúa, los cambios se aceleran.

Parte tercera

CRITERIOS PARA ACTUAR

Crear círculos virtuosos

Para resolver un problema multicausal debemos poner en marcha una multisolución. Y donde funciona un círculo vicioso debemos poner en funcionamiento un círculo virtuoso. Debemos entender las relaciones que existen entre la tecnología, los valores y las leyes. Debemos percibir sus dependencias recíprocas, su encadenamiento. Los problemas están relacionados, pero las soluciones también. Y esa constatación es un signo de esperanza.

Con frecuencia, existe una deformación en la toma de posición a la hora de percibir las soluciones. Las empresas creen que todo se arregla con nuevos productos, con nuevas tecnologías. Las administraciones públicas piensan que todo se arregla con una ley nuevecita. Y las ONG, con frecuencia, creen que todo se arregla con concienciación. Todo el mundo tiene parte de razón. Sin cambio cultural, los cambios no serán duraderos; sin cambio normativo, los cambios serán parciales; sin nuevas tecnologías, algunos problemas son difíciles de resolver. Esta razón compartida debería provocar análisis más complementarios, más holísticos.

Y también existe una deformación que proviene de la escasa interdisciplinariedad de los enfoques. El ingeniero piensa en el hormigón, el biólogo en bacterias, el sociólogo en organizaciones sociales, el abogado en normas... Todos tienen enfoques muy relevantes, pero parciales e insuficientes.

Si, de forma coincidente en el tiempo, ponemos en marcha un cambio normativo, una sensibilización cultural, un cambio tecnológico y un cambio de los precios que intervengan en el problema, entonces estaremos creando un círculo virtuoso con capacidad de perdurar en el futuro.

No hay una única causa, no hay una única solución. Tenemos que actuar en todos los factores que explican la situación actual para que el cambio de un factor sea un refuerzo para el cambio del resto.

Tenemos que cambiar las normativas para que fuercen el cambio de tecnologías y de conductas, tenemos que poner otros precios para crear fondos económicos que permitan financiar las inversiones necesarias, tenemos que propiciar cambios culturales para que el cambio tecnológico no sea boicoteado por el inmovilismo conductual de la población, tenemos que formar a los profesionales en los nuevos paradigmas, tenemos que mover el mercado para que fabricantes, distribuidores y comerciantes ofrezcan bienes y servicios más sostenibles, tenemos que lograr

que el sistema educativo eduque en valores de sostenibilidad, y que éste sea un ejemplo vivo del compromiso con el medio ambiente, tenemos que lograr que las instituciones públicas no desmientan con sus acciones aquello que afirman con sus declaraciones...

Todos estos factores se influyen entre sí, y debemos hacer que su influencia recíproca sea favorable al cambio, para que forme un círculo virtuoso que “siembre” sostenibilidad.

Con frecuencia, el “pecado original” de nuestra formación o de nuestra pertenencia a uno u otro de los actores del cambio hace que no valoremos los factores que sentimos más extraños a nuestras preocupaciones.

Pero el buen tecnólogo acaba dándose cuenta, después de algunos fracasos, de que la complicidad del público es esencial para que el cambio tecnológico tenga los efectos esperados. Y la ONG ocupada en la educación ambiental pronto percibe que las declaraciones de intenciones de los encuestados no acaban de cambiar las constantes vitales del planeta. Lo que cambia la contaminación de los ríos tiene mucho que ver con las características químicas de los pesticidas y los abonos que emplean los agricultores. Y el cambio, por seguir con el ejemplo, hacia la agricultura ecológica tiene mucho que ver con las ayudas públicas que se implantan, y no sólo con los folletos que se reparten entre los consumidores.

Muchos esfuerzos de cambio han sido inútiles, o casi, porque nos hemos olvidado de que los problemas están relacionados, y hemos actuado sólo focalizados en un aspecto del problema, pero el resto ha quedado fuera de nuestro mapa mental. Al final, el cambio de un aspecto parcial no pudo contrarrestar la influencia múltiple de todos los otros factores que “trabajaban” para reproducir la situación inicial. Los círculos viciosos sólo se rompen de verdad creando otro círculo virtuoso.

La ecología nos ha enseñado, entre otras cosas, que el enfoque adecuado para entender la biosfera es el enfoque sistémico, que explica la realidad entendiendo las relaciones las partes que la componen. De igual modo, también la sociedad se entiende mejor

comprendiendo las relaciones que existen entre los actores que la componen.

Acabar con los círculos viciosos que hemos creado en la biosfera y en la sociedad exige, si queremos que la nueva situación sea duradera, construir un círculo virtuoso que empuje hacia la sostenibilidad.

Esa creación de círculos virtuosos sostenibles exige entender y dialogar con todos los actores sociales que intervienen en el mantenimiento o cambio de estos factores de cambio. El verdadero cambio no vendrá porque nosotros lo hagamos muy bien. El verdadero cambio vendrá cuando gobiernos, ciudadanos y empresas trabajen con un horizonte compartido, y cuando lo que haga cada cual refuerce lo que hacen los otros actores del cambio.

En consecuencia, crear un círculo virtuoso exige un diálogo activo y franco con todos los otros actores del cambio social. Es necesario complementar energías de empresas, administraciones públicas y ONG, y para ello es básico entender su rol, sus posibilidades, sus capacidades. Crear un círculo virtuoso es posible si existe esa cultura de colaboración por la que abogábamos anteriormente.

Apoyar a los líderes: crear una red de cómplices por el cambio

El cambio sucede por imitación, pero para que haya imitación la sociedad necesita innovadores que imitar. Personas que van delante y que arriesgan. Establecer esa red de cómplices por el cambio es una tarea fundamental si se quiere tener éxito en la fatigosa tarea de transformar la realidad.

De hecho, los cambios sociales los han empezado siempre minorías exiguas. Una vez que se prueba, en lo pequeño, que el cambio es posible, se generaliza. Sucede con la innovación tecnológica, y sucede con la innovación social.

Esa minoría de innovadores sociales existe, de lo que se trata es de lanzar propuestas para enlazar con ella. Antes de que el

fundador del software Linux lanzara su desafío, ya existían los miles de programadores que participaron en la iniciativa de forma voluntaria y desinteresada. Pero, para hacerse visible, esa minoría necesita desarrollarse alrededor de una idea, de una invitación.

La mayoría del cuerpo social tiene una justificada tendencia a aferrarse a la costumbre, a las verdades probadas. Por tanto, de entrada, su respuesta es el escepticismo y la reserva. La manera de vencer esa resistencia al cambio es con la prueba de la realidad, no tanto con las palabras. Por eso son imprescindibles las minorías sociales para sembrar los cambios en el humus, siempre escéptico, de la sociedad.

La minoría recoge el honor que la historia reserva a los pioneros, pero también recoge el mayor número de problemas que la historia reserva a los pioneros.

Una sociedad innovadora es una sociedad que no penaliza a esta minoría innovadora, al contrario, la estimula. Las instituciones, que en muchas ocasiones están en la mejor situación para liderar los cambios, no deberían impedirlos y, por el contrario, deberían alentarlos.

En el nordeste brasileño, un grupo de ONG probó un aljibe para asegurar agua potable a partir de la lluvia en las viviendas de una región con problemas de sequías recurrentes. Primero lo hicieron con un proyecto para 25.000 casas, una vez que constataron que la propuesta funcionaba, la están generalizando hasta alcanzar un millón de hogares. Primero lo pequeño, primero los más convencidos, para después generalizar la propuesta para las mayorías. Éstas calman sus temores ante los cambios cuando alguien cercano, conocido y semejante prueba la nueva práctica, la nueva tecnología.

Estos líderes del cambio están en todas las trincheras. Hay innovadores sociales dentro de las instituciones, como técnicos, como políticos. Hay líderes del cambio dentro de las empresas, en los medios de comunicación, en las universidades, en las escuelas, en las ONG, en los equipos deportivos, en las iglesias... La innovación variará según su rol, su posición, su lugar en el mundo,

pero, estén donde estén estos innovadores, deben empujar los márgenes de lo posible.

En ocasiones, fruto de una especie de pesimismo sustantivo sobre “el alma humana”, no confiamos en que haya personas que quieran complicarse la vida en un proyecto innovador. Pensamos que, si no existe ganancia económica cierta, no habrá nadie que quiera practicar la sostenibilidad. Falso. La historia está llena de comportamientos altruistas, muchos de ellos desarrollados en momentos en que había un riesgo cierto para los innovadores.

Hacer visibles a estos líderes del cambio, apoyarlos y fomentar las relaciones cruzadas entre ellos son tres estrategias fundamentales para consolidar la primera ola de los cambios, la que precede a la marea de las mayorías. Donde no llegue la ola, no llegará la marea. La cantidad y calidad de los innovadores permite prever la extensión y profundidad del cambio social que se va a producir en la sociedad general.

El dios dinero debe ayudar al dios amor

Muchos de los problemas que padecemos en la gestión del agua tienen que ver con que, en la práctica, hay una contradicción entre los intereses económicos particulares y los intereses generales de la sociedad.

No es infrecuente que a una empresa, por ejemplo, le resulte más racional, y más barato, pagar una multa por contaminar que depurar sus vertidos. No es infrecuente que a una vivienda particular, a un hotel, a un colegio... no le salgan las cuentas a la hora de invertir en tecnología ahorradora de agua.

La fórmula concreta de elaboración de las tarifas, que muchas veces da una gran relevancia a los costes fijos, no recompensa claramente a quienes están haciendo esfuerzos para usar el agua de forma eficiente.

Esa situación hace que, en la práctica, el caballo de la bondad y los intereses generales tire de la carreta del cambio social en una

dirección, mientras el caballo del interés económico tira en la contraria. Suele ganar la competencia el caballo “dinerario”, más musculoso, y los intereses generales se ven arrastrados por caminos polvorientos. El resultado final es que el cambio no avanza, o avanza muy poco, o avanza en los discursos, pero los hechos se quedan varados en las arenas movedizas de los intereses económicos.

Cuando pensamos en intereses económicos pensamos en que las rémoras del cambio hacia la sostenibilidad sólo son las empresas. No es cierto, si los ayuntamientos tampoco tienen intereses económicos para el cambio, si los ciudadanos tampoco tienen incentivos económicos para cambiar, si las escuelas no tienen intereses económicos para cambiar, si los agricultores y ganaderos no tienen intereses económicos para cambiar..., la realidad no se mueve, o se mueve muy poco.

La bondad y el altruismo tienen los hombros muy estrechos para aguantar todo el peso de los cambios. Debemos reforzarlos, que no estén solos.

Debemos construir procesos sociales en los que el buen comportamiento sea incentivado y donde la empresa que no contamina los ríos vea mejoradas sus ganancias: que el agricultor ecológico, que no contamina los acuíferos con pesticidas, vea mejorados sus ingresos finales respecto a los vecinos de su comarca que sí lo hacen, que la universidad que reduce su consumo vea mejorado su balance anual, que el municipio que reduzca su consumo de agua también reduzca mucho su factura de agua, y sea recompensado con subvenciones gubernamentales más relevantes para renovar su red de abastecimiento urbano...

Y, de forma congruente, quien aparte su conducta de forma grosera de los intereses generales, sin obviar el castigo específico que la ley prevea para él, debe sufrir una penalización económica considerable que le haga recapacitar. Así, las personas racionales no encontrarán ninguna razón para mantener una conducta que atente contra el medio ambiente.

En el fondo, estamos hablando de aplicar la vieja y probada pedagogía: castigar a los malos y premiar a los buenos. Pero esta cuestión sencilla y muy entendible no es lo que hoy ocurre en muchas ocasiones. No es raro que los *buenos* ante los ojos de los demás y ante sus propios ojos se vean como tontos, y los *desalmados* se vean y los vea la sociedad como gente lista, viva.

Muchas energías sociales se despilfarran porque hay personas, instituciones, empresas y entidades que están empujando la carreta de los cambios sociales hacia la sostenibilidad y otras personas, otras instituciones, otras empresas y otra entidades, normalmente más numerosas y poderosas, están empujando la carreta de los cambios sociales en otra dirección, hacia el pasado, manteniendo un desarrollo insostenible.

La creación de incentivos económicos, adaptados a la situación particular de cada entidad o actor social, tiene que tener como objetivo que toda la energía que existe en la sociedad, que es inmensa, trabaje en la misma dirección.

Dejar todo el peso del cambio a la bondad y la generosidad no da sus frutos, el cambio es lento, los problemas crecen. El dios dinero debe ayudar al dios amor. Juntos pueden.

Utilizar el discurso más elocuente: nuestros hechos

Existen muchos predicadores en el mundo que dicen lo que se debe hacer. Ahí están las iglesias, ahí están las ONG, ahí están las autoridades públicas, ahí están los sindicatos, están las universidades, las escuelas... En casi todos los textos de estos actores está escrita la verdad de lo que debería ocurrir.

Salvo excepciones, en todos sus textos, en todos los discursos de sus responsables se dicen cosas sensatas sobre lo que habría que hacer para lograr un uso más eficiente del agua, para conservar la calidad de los ríos, para abastecer de agua potable a los millones de personas que carecen de ella en el mundo... Pero subsiste un

pequeño problema: con enorme frecuencia los hechos desmienten las palabras.

Esa distancia, a veces enorme, entre lo que dicen los predicadores y lo que hacen frena sobremanera las posibilidades de cambio. Al final, todas las personas hacemos más caso a lo que vemos que a lo que oímos.

Este problema es especialmente grave en el caso de las administraciones públicas, que promueven continuamente campañas de información y sensibilización en las que aconsejan a los ciudadanos que realicen acciones que ellas mismas ignoran. De igual forma, apenas hay textos escolares en los que no se hable del desarrollo sostenible y del uso eficiente del agua, ideas que son desmentidas una vez que los alumnos cierran las páginas del libro y recorren las instalaciones del centro.

Alumnos y ciudadanía, por tanto, son educados en la vieja máxima cínica: no me juzgues por lo que hago, júzgame por lo que digo.

Sin embargo, aun al precio de hablar menos, si los actos de estas entidades fueran más consecuentes con las palabras, la pedagogía social sería más eficaz. Hablar menos y hacer más debería ser la consigna de las administraciones públicas y los predicadores de la nueva sociedad.

Es lógico aceptar una distancia entre lo que debe ser y lo que es, entre lo que decimos y lo que hacemos, ¿quién no tiene contradicciones? Pero estamos hablando de que en muchas ocasiones no hay zonas de conexión entre las palabras y los hechos. El mismo ayuntamiento que pide a los ciudadanos que ahorren agua no aplica ninguna medida de ahorro en sus propios edificios.

Un ayuntamiento responsable primero reforma sus instalaciones, y después anima a sus vecinos a hacer lo mismo. Una ONG responsable primero reduce sus vertidos, y luego exige que se instale una depuradora biológica en su municipio.

Además, cuando nos ponemos a hacer lo que predicamos somos más comprensivos con las imperfecciones de los demás, porque estamos comprobando en nuestras propias carnes las dificultades de la transformación social: quien practica sabe más y entiende más.

La mayor parte de la pérdida de credibilidad que los gobiernos han sufrido en casi todos los países del mundo tiene que ver con esta pérdida de confianza en lo que dicen. No te creo, parecen decir los ciudadanos, porque te veo.

No hay manera de movilizar a la sociedad para el cambio si no se recupera la confianza de ésta en aquellos que lo anuncian. Esa confianza pasa por un incremento de la coherencia de todos los actores sociales que impulsan la transformación.

Concentrar nuestras energías en aquellas acciones más transformadoras

La ciudad de Bangkok, en Tailandia, en un programa para mejorar la eficiencia del agua en la ciudad, seleccionó las acciones posibles para ahorrar agua, las ordenó por su potencial ahorrador, las listó según la relación entre el coste y el beneficio y las estudió después desde el punto de vista de su aceptabilidad social. Donde había decenas de acciones, a partir de estas “cribas”, acabaron dando prioridad a un número reducido y abarcable de iniciativas.

El enfoque que realizaron en la ciudad de Bangkok es muy adaptable a muchos otros territorios y muchas otras políticas relacionadas con el agua. Nunca podemos hacer todo lo que es posible hacer, nunca tenemos todo el dinero necesario, nunca tenemos el tiempo necesario... Por eso los transformadores del mundo tienen que dedicar tiempo a seleccionar cuáles son las acciones más útiles, más productivas, más sencillas de poner en funcionamiento.

Hay acciones que tiran de otras, que su cambio representa una fuerza tractora sobre el resto. En éstas nos tenemos que concentrar. No somos dioses, no podemos hacer todo lo que soñamos, tenemos que elegir. No hay problema en no hacer todo lo que soñamos o todo lo que se podría hacer. Pero debemos evitar gastar los escasos recursos en iniciativas de resultado incierto y, por tanto, no poder acometer propuestas útiles y rentables.

Cambio en dos fases: primero, la voluntad, después, la ley

Ante el cambio social, las instituciones son conservadoras... y los pueblos también. En muchas ocasiones, las administraciones públicas son conscientes de que deberían aprobar una nueva normativa e imponer tal o cual tecnología, tal o cual práctica, pero el miedo al fracaso las paraliza.

Una forma de salir del atolladero es organizar el cambio en dos fases. La primera, en la que se trata de alentar a los innovadores y en la que éstos prueban que las nuevas prácticas son buenas, posibles y razonables desde el punto de vista económico y social. La segunda fase es aquella en la que con la experiencia y el conocimiento adquirido en la fase voluntaria se legislan normas de obligado cumplimiento.

Ese cambio dual, en dos tiempos, tiene varias ventajas. A las administraciones públicas les da la seguridad de que lo que están legislando es “cumplible”. Además, les otorga un muy realista campo de pruebas, a modo de laboratorio social. De este modo las nuevas normas tienen más probabilidades de ser útiles. A la minoría innovadora le otorga, además de los problemas lógicos de los primerizos, un reconocimiento social e institucional adicional.

Eliminado: **Aprovechar las experiencias previas y construir sobre ellas** OJO, HE ELIMINADO ESTE CAPÍTULO PORQUE SE REPITE LITERALMENTE DESPUÉS DE VEINTICINCO INSTRUMENTOS PARA EL CAMBIO¶

Con formato: Español (España - alfab. internacional)

***Hacer visibles las consecuencias de nuestras acciones,
aunque estén lejos de nosotros***

Nuestra civilización se basa en transferir el daño a terceros. Bien en el tiempo, bien en el espacio. Hay gente mala, que lo sabe y lo hace. Son una minoría. Lo normal es gente que ignora las consecuencias de sus acciones.

En un mundo global no es fácil darse cuenta de los encadenamientos causales que se producen. Muchos de ellos son invisibles a los ojos. ¿Son conscientes los agricultores de que hay un relación, bajo tierra y pasados los años, entre los pesticidas con los que combaten las plagas y el cierre de la fuente de agua buena y natural que había en el pueblo? Con frecuencia, no. ¿Son conscientes los enamorados de que al regalar ese anillo de oro como prueba de amor están contribuyendo a la brutal contaminación de muchos ríos del planeta? Seguro que no. ¿Son conscientes los millones de usuarios de las modernas camisetas de algodón de que, para cultivarlo, a no ser que se haga de forma orgánica, se contaminan los acuíferos de forma muy grave?

Para avanzar en la protección de las masas de agua del planeta debemos hacer visibles estas conexiones causales. Es necesario hacer visibles las relaciones entre nuestras acciones y lo que ocurre en los ríos y humedales, cercanos y lejanos, hoy y pasado mañana. Hoy muchas de estas acciones están ocultas a los ojos de la gente por el suelo, la distancia física, el tiempo...

VEINTICINCO INSTRUMENTOS PARA EL CAMBIO

Aprovechar las experiencias previas y construir sobre ellas

Si una empresa de Boston encuentra una solución tecnológica adecuada, posiblemente dos años después esa nueva solución tecnológica ya estará en todos los mercados de Calcuta. De alguna forma, el capitalismo de consumo tiene fórmulas muy rápidas

para aprovechar lo que otros ya han inventado y construye sobre eso.

Pero si nos vamos al campo de las innovaciones sociales, muchas de ellas desarrolladas exitosamente por entidades sin ánimo de lucro, bien gubernamentales bien no gubernamentales, nos encontramos con mucha frecuencia con que la experiencia exitosa desarrollada en Bombay, después del transcurso de los años, todavía no ha sido copiada o adaptada en Calcuta, de manera que los que afrontan el mismo problema vuelven a derrochar sus escasas energías para “inventar” la misma solución, o muy parecida.

Este desperdicio por las enseñanzas y “soluciones” ya encontradas está muy generalizado. En muy pocas ocasiones se investiga lo que ya han logrado otros exitosamente, se reconoce el trabajo de los pioneros, se incorpora de algún modo al nuevo proyecto, para garantizar la mejor transferencia de conocimiento y enseñanzas, y se construye a partir del punto que alcanzaron en el proyecto anterior.

Este escaso aprovechamiento de las experiencias previas hace que se despilfarran energías, talentos y economías.

Ese reconocimiento del trabajo ajeno, bien en clave de imagen, bien en clave económica, ayudaría a acelerar los cambios sociales y permitiría aprovechar mejor los recursos de que se dispone.

El ritmo del cambio hacia la sostenibilidad del uso del agua se aceleraría enormemente si los nuevos proyectos recogieran y aprovecharan las enseñanzas ya cosechadas en las experiencias previas.

Hacer que la política del agua sea prioritaria para los gobiernos

En todas las sociedades, por pobres que sean, hay muchas energías, mucho dinero.

En Pakistán el saneamiento y el abastecimiento de agua a la población es muy mejorable, pero, como señala Naciones Unidas, este país gasta 47 veces más en armamento que en estas políticas. No es sólo un problema de dinero, es, ante todo, un problema de prioridad política.

España, en los últimos años, ha logrado situarse a la cabeza del mundo en lo que se refiere a kilómetros de autopistas, autovías y líneas férreas de alta velocidad. No está a la cabeza del mundo respecto a la salud de sus ríos, las autopistas de su biosfera. No es, pues, un problema de dinero, es un problema de prioridad política. De si en España la sociedad y el gobierno valoran más construir buen asfalto para los automóviles o mantener los ríos en buen estado para peces, bañistas y abastecimiento de agua de boca para poblaciones.

¿Cómo se actúa sobre las prioridades políticas de los gobiernos?
¿Cómo se influye en la asignación de los presupuestos gubernamentales, la prueba definitiva del compromiso de un gobierno?

Los gobiernos democráticos pasan regularmente un examen cada cuatro años, o un período de tiempo similar. Los partidos políticos se presentan a elecciones, con un programa, los ciudadanos votan, y los elegidos aplican su programa en sus años de legislatura. Así funcionan las cosas, cuando la democracia funciona. Lo que no sucede siempre.

Ese funcionamiento “normal” tiene un problema estructural: la contradicción entre el corto plazo, que es el espacio temporal en el que habitualmente gestionan los gobiernos, y el largo plazo que en muchos casos exigen las políticas efectivas de agua.

¿Cómo ganar esa prioridad política para las políticas del agua?
Ésa es una pregunta muy relevante siempre, aunque su respuesta tiene muchos matices particulares en cada país, dependiendo de la cultura política, sistema electoral, entramado institucional...

Una opción es aprovechar las crisis que el azar trae y que hacen que el entendimiento social, regado por el dolor, se abra a nuevos

enfoques y se reajuste el orden de las prioridades sociales y presupuestarias. Otro camino, como señalábamos también antes, es provocar las crisis, vistiéndolo con ropajes nuevos ante la opinión pública y la opinión publicada problemas enquistados y antiguos.

Todas las vías son necesarias. Es muy útil el hacer incidencia política para aprovechar el debate anual de los presupuestos en los parlamentos. Los presupuestos son el resumen claro e inequívoco de la prioridad que un país da a tal o cual política. Tal es el presupuesto, tal es la prioridad. Así de fácil. Muchas veces la importancia de ese debate de cifras no es percibida por la sociedad, y será necesario hacer pedagogía social para educar a la ciudadanía. Al fin y al cabo, de lo que se habla en el parlamento es de cómo emplear los recursos económicos de los ciudadanos.

En los países que reciben ayudas externas, las instituciones donantes y las propias entidades sociales del país receptor pueden ejercer una presión concertada para exigir que un incremento de la ayuda externa vaya acompañado por un compromiso presupuestario mayor del país receptor. No es razonable que un país pida ayuda para poder dar agua potable a sus habitantes y que, mientras tanto, gaste lo que tiene y lo que no tiene en armarse hasta los dientes.

Con mucha frecuencia, las ONG del Primer Mundo hemos financiado proyectos de cooperación al desarrollo gestionados por ONG del Sur. Les hemos pedido eficacia y eficiencia. Y se han convertido en muchos casos en organizaciones con gran capacidad de gestión. No es mal resultado. Sin embargo, no es infrecuente que haya ocurrido un efecto no deseado: han abandonado su tradicional papel de crear conciencia social en su sociedad y de incidencia en las políticas públicas. Realizan mejor su pequeño proyecto, pero su papel como fermento del cambio social e institucional en su país se ha debilitado. Son muy útiles en lo pequeño, pero se han vuelto más incapaces en lo general.

La política pública expresa la importancia que un país concede a un problema. Por una vía o por otra es necesario lograr que los

gobiernos den prioridad a las políticas del agua. Muy posiblemente haya que aprovechar tanto momentos cíclicos, como las elecciones o la anual discusión presupuestaria, como momentos inesperados, como crisis sobrevenidas de forma intempestiva.

Aprovechar las crisis

Lamentablemente, cada vez hay más quejas agudas del dolor del agua en la naturaleza y del dolor de la humanidad por el agua. Se suceden las crisis donde las situaciones de partida se exageran y, por ello, saltan de las páginas interiores a la portada de los periódicos del mundo.

Todo el mundo tiene en su memoria las imágenes del huracán Mitch o del Katrina. Las imágenes del lago Aral, la sequía en el Sahel, etc.

Muchas de estas crisis agudas nos muestran, como enseñanza fácil, las negativas consecuencias de nuestro modelo de desarrollo. En la vida social y personal hay poco aprendizaje anticipatorio, como el que recomendaba el Club de Roma. Con mucha frecuencia, siguiendo la terminología que empleaba uno de los informes del Club, aprendemos por *shock*, después de un dolor profundo, después de una crisis.

En ocasiones ese dolor por lo ocurrido se transforma en decisión de evitar estas situaciones en el futuro. Entonces, las instituciones cambian sus políticas, sus prioridades, y las sociedades cambian su enfoque sobre la realidad. En esas ocasiones, de algún modo, aprovechamos la crisis para cambiar, la crisis es útil, nos vacuna, para no volver a recaer en nuevos traumas.

Sin embargo, hay muchas veces en las que, haciendo honor al refrán antiguo, “el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra”, olvidamos los mensajes que emergen

del dolor, no corregimos el rumbo y caminamos, por tanto, en dirección a su repetición.

Los portadores de cambios debemos aprovechar que las crisis suscitan emociones y, con el calor de las emociones, razones que antes no lograban abrirse paso en la sociedad, de pronto encuentran cobijo y acogida y, a partir de ellas, cambian las políticas, cambian los presupuestos, cambian las instituciones, cambia la cultura...

España, por ejemplo, logró el abastecimiento de agua potable para todos como reacción al dolor y la vergüenza del surgimiento del cólera en el valle del río Jalón. Muchos éxitos de los que nos enorgullecemos nacen como reacción a una crisis profunda.

Las crisis, como conoce la sabia cultura china, son oportunidades de cambio que el destino nos ofrece a las personas y a las sociedades. Ante ellas, las sociedades pueden hundirse resignadamente ante el dolor o reaccionar y transformar ese dolor en determinación de cambio. Los portadores de cambios, estén donde estén, sean administradores públicos, asociaciones de ciudadanos o trabajadores de una empresa, deben subirse a pilotar la ola de la crisis para aprovechar la energía que genera y promover cambios sociales, políticos, culturales e institucionales. Lamentablemente, los días nos van a traer más y más crisis, muchas veces bajo la forma de fenómenos atmosféricos extremos. En nuestra mano está aprovechar estas situaciones para acelerar el cambio social.

Hay momentos de “calma chicha” en la evolución de la sociedad, parece que nada cambia, no hay movimientos en la superficie... Pero esa misma sociedad adormecida, abotargada, en los momentos álgidos de las crisis puede dar saltos enormes. Los constructores del cambio debemos estar atentos al cambio de los vientos, para aprovecharlos cuando soplan a favor.

Un mes, comúnmente, no es nada. Pero hay meses que valen como años. En esos días, que valen como meses, tenemos que estar muy atentos. El viento del cambio no sopla siempre.

Crear crisis

Una opción es aprovechar las crisis, pero otra opción es crearlas: hacer aparecer ante los ojos de la sociedad un trozo de la realidad, que no es nuevo, que está ahí, pero que se visibiliza en clave de escándalo social.

Hace no mucho tiempo los autodenominados “hijos de Don Quijote” organizaron en Francia un sinnúmero de acampadas en calles y plazas. No hablaban de algo nuevo, extraordinario, sólo estaban haciendo aparecer la pobreza ordinaria de los sin techo ante los ojos de la sociedad. Antes de las acciones de estas organizaciones, los pobres ya estaban allí, pero estaban como la masa hundida de un iceberg, bajo los adoquines, sin molestar a las conciencias.

Su grito y su gesto provocaron que los medios de comunicación y la sociedad en general repararan en algo que ya conocían, pero que parecían ignorar.

Hace más años, las ONG de cooperación al desarrollo sembraron de tiendas de campaña las calles y plazas de las ciudades de España para reclamar que las instituciones cumplieran con la donación del 0,7% del PIB para la ayuda al desarrollo. No estaban hablando de algo desconocido. Hablaban de la pobreza de siempre, pero con su campaña gestual lograron llevar a la agenda política esa vieja reivindicación y lograron, finalmente, que muchas instituciones españolas, locales y regionales, crearan por primera vez fondos de cooperación al desarrollo.

De repente, con su movilización de unos pocos meses, los “hijos de Don Quijote” lograron incorporar a las leyes el derecho humano a la vivienda. De repente, se generalizaron en la cultura institucional española las convocatorias públicas de ayuda a los proyectos de cooperación al desarrollo, hasta entonces casi restringidas al gobierno central. La historia va a saltos. Pero esos saltos se pueden incentivar con creatividad social, provocando

crisis, construyendo símbolos con poder movilizador. ¿Por qué no hacerlo con la crisis del agua?

Abrir los ojos a la ciudadanía, hacerla caer del caballo del consumismo y hacerla reparar en una de las auténticas prioridades de la biosfera y de la sociedad, la gestión del agua, es necesario y puede ser posible.

La política hacia los negros en Estados Unidos empezó a girar a partir de un hecho menor, la negativa de una mujer negra a cumplir con la normativa que se establecía en los autobuses públicos. Esa mujer cambió la historia de Estados Unidos, y nunca la política racial del gobierno norteamericano sería la misma. Elegir un hecho pequeño del que tirar de la madeja de los cambios sociales y provocar un cambio general de las políticas puede ser a veces más eficaz que hacer desde el principio una propuesta más general.

Con mucha frecuencia, los problemas más globales son entendidos mejor por las mayorías sociales a partir de sucesos concretos, parciales, que dan rostro humano a la problemática amplia.

Aprovechar el momento en que los partidos políticos escuchan más y temen más

Un momento especialmente oportuno para lograr que las políticas del agua entren en la agenda política es aquél en el que las formaciones políticas escuchan con mayor atención a la sociedad, porque son los momentos en que tienen más miedo, más inseguridad, más temor al futuro: los meses previos a la campaña electoral. En ese momento los candidatos y candidatas experimentan la verdad última de una democracia: que la soberanía reside en el pueblo. En ese momento suelen estar muy atentos a oír la voluntad de los electores. Ése es un momento que la sociedad debe aprovechar.

En los meses previos a las últimas elecciones presidenciales francesas, un conocido comunicador francés, con mucha sensibilidad ecológica, Nicholas Hulot, anunció su candidatura a la Presidencia de la República, siempre y cuando los principales candidatos asumieran un pacto por el medio ambiente. Nicholas Hulot utilizó ese momento para lograr condicionar el programa electoral de los dos grandes partidos. Y lo logró. Los dos principales partidos en liza rubricaron el pacto que Nicholas Hulot proponía.

La fórmula que hay que emplear no es única, pero la utilidad de aprovechar ese momento de máxima apertura de los partidos políticos, administradores últimos de los gobiernos democráticos, es evidente.

Resolver esa contradicción entre el “tempo” político, el corto plazo, y el tempo que necesitan las políticas efectivas de agua, un compromiso mantenido de medio y largo plazo, pasa por hacer pedagogía social. La sociedad y los electores deben entender la relación existente entre el presente y el futuro. Por debajo de la espuma de los enfrentamientos políticos al uso, deben aprender a distinguir y valorar la importancia de los temas básicos, de los que dependen la salud de la población y la salud de los ecosistemas, soporte último de la vida, de nuestra vida.

El derecho humano al agua, a las constituciones

En Uruguay han logrado incluir el derecho humano al agua en la Constitución del país. Es su lugar adecuado si se le quiere dar a ese derecho el mismo lugar que tienen otros. Habrá países en los que sea el momento adecuado para proponer ese cambio constitucional. Puede que en otros no haya condiciones objetivas, pero la sola propuesta tiene un sentido pedagógico claro. Es un derecho, es básico, debe estar en la Constitución, y los gobiernos del mundo, ricos o pobres, tienen que tomar medidas activas para que ese derecho se pueda ejercer, se pueda practicar.

Además, llevar ese derecho a la ley suprema que ordena la arquitectura de un país tiene un sentido claro: subraya la prioridad que tienen que dar los gobiernos a las políticas dirigidas a garantizar ese derecho, aunque tengan que reordenar radicalmente sus prioridades presupuestarias.

Las constituciones recogen derechos humanos -el de asociación, libertad de expresión, reunión...- que son muy importantes para garantizar la vida democrática en una sociedad. Eso está bien. Pero no parece comprensible que no recojan también el derecho humano al agua, que garantiza algo más básico: la vida misma. Donde se conculca ese derecho, el resto de derechos también se hacen difíciles de practicar.

Las administraciones públicas pueden ayudar a los ríos comprando de otra manera

Otro actor económico de enorme poder que ha infrautilizado su potencial de cambio son las administraciones públicas. Ellas administran en muchos países el 12% del PIB, eso significa gastar sumas extraordinarias de dinero.

Y esta infrautilización es paradójica, porque cuando legislan los administradores públicos son ogros para las empresas, pero cuando compran pasan a ser dioses, cuyos deseos son órdenes.

Con enorme frecuencia, el mismo ministro que financia una campaña publicitaria para que los ciudadanos utilicen papel reciclado, no lo compra para el uso cotidiano del ministerio; la misma concejala que trabaja contra el cambio climático, compra vehículos oficiales con los peores indicadores desde el punto de vista del consumo de gasolina... Los ejemplos serían infinitos. Con este proceder no sólo sufre el grado de confianza de los dirigidos en sus dirigentes, también se dejan de inyectar unos recursos económicos a las empresas que producen o venden productos más ecológicos, y que, por tanto, han realizado inversiones en línea con lo que un desarrollo sostenible necesita.

Las compras públicas responsables son un elemento imprescindible para construir un desarrollo sostenible. Se trata de que el dinero de todos se dedique a comprar bienes y servicios más sostenibles y no, por el contrario, a financiar productos, bienes, servicios y empresas que perjudican gravemente la biosfera y los cursos de agua.

Hay ayuntamientos y gobiernos regionales que en los comedores escolares ofrecen a los niños alimentos procedentes de la agricultura ecológica. Al hacerlo se consiguen dos resultados notables: ganan los niños, más sanos, y ganan los ríos, que se libran de recibir nitratos y pesticidas.

Si las administraciones públicas compran papel reciclado, que consume menos agua que el papel convencional, el caudal “silvestre” de los ríos aumenta. Las posibilidades de ayudar a las masas de agua que tienen las administraciones públicas comprando de forma responsable son casi infinitas.

Aprovechar el momento en que los directivos empresariales escuchan más y temen más

Con formato: Español
(España - alfab. internacional)

Hay empresas que tienen más poder que muchos gobiernos. Quien tiene más poder, tiene más responsabilidad. El impacto económico, social y medioambiental de las empresas que cotizan en las distintas bolsas del mundo es astronómico. Los accionistas de estas compañías deben responsabilizarse de las consecuencias que genera la actividad de su empresa.

Hay mucha química biocida que envenena los ríos del mundo, hay mucha minería irresponsable, hay todavía empresas que no han entendido que no pueden ser viables en países inviables... Sí, de igual manera que las empresas pueden y deben ser actores de las soluciones hacia un uso sostenible del agua, también es cierto que constituyen parte del problema.

En un mundo global, a veces es difícil seguir el hilo que va desde las causas a las consecuencias. Muchos accionistas, gente solvente y decente, de reputadas empresas de países desarrollados, no perciben que como propietarios de la empresa son corresponsables de los desastres ambientales y los dramas sociales que luego ven en los informativos de televisión. No perciben que sus beneficios se fundan en daños ajenos y lejanos.

Posiblemente sean personas respetuosas con el medio ambiente, muy probablemente son personas atentas con el dolor de los más débiles. Pero no acaban de establecer las conexiones lógicas entre sus acciones, que compraron en el banco de la esquina, y las acciones de su empresa, que sufren unos indígenas a miles de kilómetros de distancia.

Similar al momento electoral para los líderes políticos, para los directivos empresariales es el momento de aprobación o no de su gestión, de rendir cuentas antes los propietarios de su empresa, es el momento del examen, de la reválida de su posición.

Un momento para que las empresas aprueben políticas en línea con la sostenibilidad, para que entiendan que no pueden fundar sus legítimos beneficios en prácticas ilegítimas que atentan contra la naturaleza o los derechos humanos, son las juntas generales de accionistas. En Estados Unidos es muy normal la presentación de propuestas, de activismo accionarial, para lograr que las empresas ratifiquen su compromiso con el desarrollo sostenible.

En muchos países esta actividad es inexistente o es muy embrionaria. Sin embargo, los transformadores del mundo deberían aprovechar ese momento en que los accionistas, grandes y pequeños, deciden las políticas empresariales que condicionan enormemente la suerte de muchos ecosistemas y de muchas poblaciones en todo el planeta. Y los propietarios del mundo, grandes y pequeños, deberían entender que no es lícito hacer negocios contra los intereses del planeta, contra los intereses de los pueblos que lo habitamos. Ellos deben responsabilizarse de las consecuencias de sus propias acciones.

Muchas empresas ya están demostrando que, de entrada, no hay una contradicción entre la rentabilidad y la sostenibilidad. No es un dilema que haya que resolver: o hay negocio o hay sostenibilidad. Puede haber negocio y puede haber sostenibilidad. No hay contradicción entre la ecología y la economía, hay contradicción entre una economía del corto plazo y una economía del largo plazo. Hoy, si una empresa quiere hacer negocios a largo plazo, deberá hacerlos respetando la biosfera. De otra manera, saldrá del mercado expulsada por las leyes o por los consumidores.

El consumo es parte del problema... puede ser parte de la solución

¿Por qué los consumidores no recompensan a las empresas que realizan un uso sostenible del agua? ¿Por qué esos mismos consumidores no castigan a las compañías que realizan prácticas perjudiciales para los cursos de agua, para el derecho humano a un agua buena para todos?

Los ciudadanos, en nuestros bolsillos, además de la herramienta del voto, de la herramienta del grito, tenemos otra de un potencial enorme, muy temida y muy poco utilizada en muchos países: nuestro consumo, nuestro dinero. Votamos, en general, cada cuatro años, pero compramos a cada rato. A los millones de empresas del mundo les importa mucho las leyes que emanan de los gobiernos, pero me atrevo a asegurar que les importa más recibir los favores de los consumidores.

Ese poder, esa herramienta de cambio de potencial temible, apenas es usada, con lo cual el motor del cambio se ve privado de un combustible de enorme capacidad movilizadora de voluntades empresariales: el consumo.

Además, la cultura empresarial, muy resistente a la innovación legislativa, es muy receptiva a la hora de satisfacer la voluntad de los compradores. Las empresas con frecuencia se resisten

mancomunadamente a las nuevas regulaciones, pero aceptan, con aplicación de buen alumno, los cambios de tendencia de los consumidores.

Puede no cambiar la norma legal, pero si una empresa de electrodomésticos detecta que un modelo ahorrador de agua de la competencia se vende mejor que el suyo, sus directivos instarán, sin que medie compulsión legal alguna, a su departamento de innovación para desarrollar un modelo más eficiente que el de la competencia.

Cambiando de sector, si los agricultores ecológicos hacen crecer su negocio un 20%, mientras que la agricultura convencional crece un 4%, si la madera que proviene de bosques gestionados de forma sostenible se vende más cara y más que la que procede de talas incontroladas, si los juguetes con productos químicos tóxicos no encuentran comprador... la señal que se lanza a los fabricantes es clara: o cambiar, o cerrar.

Es un mensaje muy fácil de entender tanto para el empresario cargado de buenas intenciones, como para el empresario que vive sólo para el beneficio económico. Y como resultante de ese abandono de procesos productivos contaminantes, los ríos del mundo mejorarán su salud. Los peces vivirán mejor y será más fácil dar de beber a los sedientos con agua buena, no contaminada. Consumir de forma responsable no sólo es consumir otras cosas, también y, sobre todo, es consumir de otra manera y, en muchas ocasiones, consumir menos. Por tanto, se trata de cambiar los productos que entran en nuestro “carro de la compra”, pero también se trata de que disminuyamos el tamaño de nuestro “carro de la compra”.

Con mucha frecuencia, las organizaciones sociales se han focalizado en la presión monotemática hacia las autoridades públicas, olvidando un poder cada vez más creciente, más relevante: el poder de las grandes corporaciones. Una enorme parte del PIB mundial depende de las decisiones de sus consejos de administración. En la revolución del agua estas empresas deberían ser aliadas de los cambios, no enemigas de éstos. Y los consumidores podemos y debemos ayudar a ello, recompensando

a los que lo hacen mejor que la media y castigando a los que lo hacen peor. Así de fácil, así de efectivo.

Las intenciones de los consumidores no van mal. En España, algunas encuestas reflejan que un 40% de los consumidores “dicen” que quieren consumir de forma más responsable. En otros países la situación es análoga. El problema no está en las intenciones de los consumidores, la dificultad se encuentra en las prácticas. Los porcentajes no acaban de encajar: no es infrecuente que el 95% de las intenciones del corazón de los consumidores no acaben de ponerse de acuerdo con la mano que compra.

Pero, así y todo, en todo el mundo las cosas están cambiando, y los consumidores pueden desempeñar un papel esencial para proteger las masas de agua.

Invertir consecuentemente con nuestros valores

Pero emplear nuestro dinero en línea con nuestras convicciones no sólo es consumir de otra manera en la tienda de la esquina. También es asegurarnos de que cuando lo invertimos estamos poniéndolo a trabajar de forma congruente con nuestro ideario. Y en esta línea tenemos múltiples oportunidades. La primera es al elegir el banco o la institución financiera con la que trabajamos. ¿Es una entidad que está financiando proyectos en algún lugar del mundo que atentan contra el medio ambiente, que contaminan el agua, que dañan gravemente ríos y humedales? Si es así, estamos viviendo de manera esquizofrénica: nuestras palabras trabajan en una dirección y nuestro dinero en otra.

El sistema financiero tiene un tremendo potencial para empujar el mundo en una u otra dirección. En muchas ocasiones, los ciudadanos nos acercamos a las entidades financieras y sólo hacemos tres preguntas para seleccionarlas: interés, seguridad y liquidez. Falta una cuarta pregunta, sencilla y extraordinariamente relevante: ¿Qué proyectos estoy impulsando con mi dinero? La

generalización de esa pregunta en los diálogos entre las entidades financieras y los ciudadanos haría que los proyectos ambientalmente insostenibles, que atentan gravemente contra las masas de agua, tuvieran serias dificultades de financiación. Así de sencillo, así de claro.

Nuestro dinero, que hemos puesto en manos de otros, trabaja día y noche apoyando empresas y proyectos que a veces son totalmente antagónicos con nuestros valores. Si nosotros trabajamos en pro de los ríos y de los peces, no deberíamos consentir que nuestro dinero trabajara en contra de nuestros ideales. Nuestro dinero no debería tener “alma” propia.

Lo que no parece, no es

Todas las personas nos relacionamos con los demás por lo que creemos que son, no por lo que en realidad son. Es difícil que sea de otro modo. Y esa verdad, de validez prácticamente universal, plantea con fuerza la importancia de trabajar con los medios de comunicación y lograr que den cuenta de los problemas del agua, que den cuenta de las soluciones que llevamos a cabo.

Si no existen los problemas del agua y sus soluciones en los medios de comunicación, no habrá modo de que las políticas del agua sean una prioridad para los gobiernos, o de que las empresas trabajen activamente por el cambio.

Los medios de comunicación, en su rol de informar, de callar o de ampliar lo que ocurre, de subrayarlo o de ningunearlo, son fundamentales. Debemos hacerlos cómplices, hacerles ver su responsabilidad.

Hay organizaciones exitosas, como Greenpeace, que organizan sus acciones buscando desde el principio la máxima repercusión en los medios de comunicación. Los constructores del cambio no tendremos éxito si no logramos que las noticias del agua pasen de la página veinte a la portada.

Sin embargo, habría que dar un salto más. Un objetivo -bueno siempre- es que los medios reflejen mejor las noticias del agua. Otro, que es posible hoy, es que los medios de comunicación, en el ejercicio de su responsabilidad social, construyan iniciativas propias para difundir los desafíos que plantea el problema del agua, para lograr llegar a las mayorías. Los medios de comunicación tienen mucho poder y deben utilizarlo a favor del agua y a favor de los que no la tienen buena o suficiente.

Vanidad y vergüenza

Mucho de lo que hacemos se explica porque nos obligan a ello, otra parte se explica porque tenemos un móvil económico, pero existe un amplio espacio de nuestras acciones que ni las explica el dinero ni las explica la ley. En ese amplio espacio la vanidad y la vergüenza explican mucho de lo que ocurre.

En muchos debates electorales el informe Pisa, que establece un *ranking* internacional entre los sistemas educativos nacionales, ha sido fuente de controversia entre los partidos gubernamentales y los partidos en la oposición. Lo mismo que lo ha sido la posición que ocupa cada país en el Índice de Desarrollo Humano que elabora Naciones Unidas o el Índice que elabora Transparency International sobre la corrupción en los distintos países del mundo.

Si un país aparece en posiciones destacadas, sus dirigentes presumen. Si un país aparece en posiciones retrasadas, el gobierno cuestiona la fiabilidad del informe mientras la posición lo airea.

En cualquier caso, lo que todo el mundo percibe es que, en buena medida gracias a la difusión que realizan los medios de comunicación, estas listas constituyen un impulso para el cambio. Bien porque los países quieren seguir estando en las buenas posiciones, bien porque los países quieren dejar de estar en los lugares más vergonzosos. La controversia social que suscitan

estas prelações “tensa” a la sociedad y la hace discutir sobre políticas, presupuestos y prioridades.

En la revolución del agua que debemos promover es necesario construir “observatorios” con gran visibilidad y repercusión mediática. En ellos se deben comparar los indicadores clave de la gestión del agua entre países, regiones, ciudades, industrias, universidades... De este modo, se establece una competencia sana entre organizaciones análogas, bien por estar en los mejores puestos y recibir por ello el aplauso y el reconocimiento, bien por escapar de los lugares de vergüenza y deshonor.

Muchas veces esos *rankings* existen, pero sólo los conocen los expertos, no aparecen en los medios de comunicación y los afectados no ven que su consideración social se ve perjudicada o beneficiada por ocupar una u otra posición en esta lista. Por tanto, una tarea es elaborar estos observatorios de la realidad del agua y otra complementaria es hacer que sean conocidos por la opinión pública.

Junto a la repercusión pública está, como un factor previo, el rigor de ese *ranking*. Si hay dudas sobre su seriedad o independencia, su efecto impulsor del debate social e incentivador de cambios ambientales disminuye.

Reto colectivo, también local

Para que una sociedad logre resultados en poco tiempo debe focalizar su esfuerzo en un objetivo común, a cuya contribución cada cual, desde el lugar que le es propio, aporta sus talentos y capacidades. De algún modo, se trata de establecer un reto colectivo que estimule las energías transformadoras presentes en la sociedad.

Un reto colectivo para el planeta son los Objetivos del Milenio. Todos los países se fijaron esas metas. Eso está bien. El Protocolo de Kioto es otro reto para la sociedad internacional.

Estos retos colectivos, planetarios, son muy necesarios, porque nos permiten entendernos como ciudadanos de un solo mundo: con parecidos problemas, con retos comunes, superando el estrecho corsé de las naciones existentes.

Sin embargo, cuando contemplamos los problemas del mundo globalmente, su magnitud provoca, en general, un sentimiento de abatimiento. ¿Cómo vamos a poder resolverlo todo?

Pensemos en el agua. ¿Cómo vamos a lograr dar agua potable a más de 1.200 millones de seres humanos que carece de ella? ¿Cómo podemos lograr que 2.600 millones de seres humanos tengan saneamiento adecuado? ¿Cómo resolver la enorme contaminación de los ríos del mundo?

Ese pensamiento global es necesario y necesarias son las metas globales, civilizadoras, pero ese enfoque global tiene un efecto perverso: abatir y apesadumbrar a la persona concreta o a la organización concreta que se sitúa frente al reto global.

Para ganar autoestima, para recuperar el imprescindible ánimo transformador es necesario bajar la escala de los problemas del agua y bajar también la escala de los retos que vamos a acometer. Necesitamos fijarnos un reto para nuestra ciudad, para nuestro río, para nuestro humedal...; un objetivo ambicioso, pero un objetivo alcanzable... Ese sentimiento colectivo de que somos capaces nos devuelve el ánimo y la esperanza, imprescindibles para el cambio ambiental y social.

Una buena parte de las victorias conseguidas han tenido que ver con la fijación de retos locales que movilizan lo mejor de los actores sociales de una localidad, de una región, de una comarca, de un país.

La poquedad de la propia acción queda compensada porque se percibe su contribución al objetivo global. El “todos a una” está presente en todas las culturas. La historia cuenta que cuando los pueblos se unen, y trabajan juntos, casi siempre consiguen lo que

se proponen. Además, ese esfuerzo común anima a los activos, despierta a los pasivos y moviliza lo mejor de la sociedad.

Los retos colectivos estimulan la corresponsabilidad entre los diversos actores de una comunidad, un reparto de cargas para alcanzar el objetivo común. La convicción de que estamos ante un desafío a la altura de nuestras posibilidades da a los actores sociales e institucionales un punto de luz de esperanza al final de un túnel de esfuerzos.

Es muy importante esa que se haga patente esa posibilidad de éxito del objetivo común, porque el cáncer del cambio social es el escepticismo, un virus muy difícil de derrotar. Para hacerlo, necesitamos victorias que prueben que el cambio hacia la sostenibilidad no sólo es necesario, algo que casi todo el mundo acepta, sino que también es posible, algo que poca gente practica. Por eso, para frenar el pertinaz escepticismo imperante, es necesario que los retos sean locales y alcanzables.

Para cambiar la vida de millones de personas tenemos que idear acciones globales

El mundo es uno, y con el cambio climático mucha gente lo ha comprendido. Hay mercado global, biosfera común, problemas comunes, sociedad *on line*, pero no hay gobierno global. Y las instituciones que son de todos, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, a veces no lo parecen, y los actores del cambio no las percibimos como propias.

Hay acciones cuya escala apropiada para su ejecución es la global. Internet permite la realización de acciones globales. Hay poca globalización de las protestas y poca globalización de las propuestas.

La sociedad global debe hacerse presente. Puede ser un referéndum planetario, puede ser la presión organizada ante una cumbre. Para cambiar la vida de los miles, las acciones locales

son imprescindibles. Para cambiar la vida de millones, tenemos también que idear acciones globales.

Las movilizaciones contra la guerra de Iraq, la presión conjunta para que el G8 se moviera por África y contra el cambio climático, con conciertos de rock incluidos, convocatorias para realizar apagones de electricidad en los cinco continentes... son antecedentes muy relevantes.

Antes, cuando los damnificados por una política pública dirigían sus protestas al gobierno de su país, en esa instancia se encontraban los auténticos responsables. Ahora, sin embargo, con mucha frecuencia, cuando dirigen sus críticas al gobierno local se encuentran con que éste redirige la responsabilidad a una instancia internacional más global: la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Unión Europea... Sin embargo, muy raramente las protestas se globalizan y muy raramente las propuestas se globalizan. El mundo es uno. Y en muchos de los laberintos en que nos encontramos sólo es posible encontrar la salida si es una salida global.

¿Cabe pensar en resolver la contaminación creciente del mar Mediterráneo si no existe un acuerdo regional entre los países ribereños? Muchas de las soluciones o son globales... o no serán. Impulsarlas exige también propuestas y acciones globales.

Cambiar los termómetros

En la salud humana se sabe que hay indicadores sencillos que ayudan a entender si la salud se está alejando o no de nuestra almohada: la temperatura, el pulso, la tensión arterial.

Los indicadores de las sociedades más admitidos, que todos los medios de comunicación comentan, son los de carácter económico: el Producto Interior Bruto (PIB), la renta per cápita, la tasa de desempleo, la inflación...

En los últimos años, en el ámbito internacional y en el ámbito nacional hay serios intentos de crear otros indicadores, igualmente sencillos, que señalen a la sociedad si se debe preocupar por su "salud" o no. Naciones Unidas creó el Índice de Desarrollo Humano (IDH), como complemento de otros indicadores. Existen observatorios nacionales e internacionales que señalan unos u otros aspectos vinculados al desarrollo sostenible. Hemos avanzado, pero necesitamos hacer girar el rumbo de la sociedad hacia las señales del agua, necesitamos que la sociedad no se quede tranquila si sube la renta per cápita mientras se destruyen las masas de agua.

No es fácil hacer patentes estos indicadores a la ciudadanía, los medios de comunicación están saturados de información y, seguramente, va a ocupar más columnas el último adulterio de famosos que la noticia de que un río chino, famoso y largo, no llega al mar, su natural destino.

Sin embargo, tenemos que lograr que en los parlamentos del mundo la oposición le afee al gobierno de turno el número de puntos negros de contaminación en los ríos, del mismo modo que le echa en cara la subida de la tasa de desempleo.

La sensibilidad de los que deciden está conectada, como vasos comunicantes, con la sensibilidad de los ciudadanos y con la sensibilidad de los medios de comunicación. No es fácil lograr cambios significativos en la consideración de los problemas del agua en los políticos sin lograr cambiar la percepción de la sociedad.

Necesitamos defensores de las generaciones venideras

Es obvio que llevamos años robando el futuro, en el sentido más real y menos metafórico, a nuestros hijos y a los nietos de nuestros hijos. Cuando contaminamos un río, un acuífero, de forma en muchas ocasiones irreversible, cuando secamos un humedal, cuando troceamos un río y lo convertimos en una suerte de canales conectados eventualmente por tuberías..., estamos comiéndonos el futuro de las generaciones venideras.

Las decisiones que van a afectar a los que vivirán mañana no deberían ser tomadas sólo por los que votamos hoy. Los niños deberían opinar, y deberían tener voz los que todavía no saben hablar, y los que todavía crecen en el vientre de su madre, y los que crecen en los sueños de las parejas de enamorados... El desarrollo sostenible conlleva, sobre todo, contar con los que no conocemos, construir un desarrollo con espacio para los que vendrán.

¿Cómo hacer conscientes a los hombres y mujeres de hoy de que no pueden tomar decisiones que condicionan gravemente el futuro sin tener en cuenta a los hombres y mujeres de mañana? Es necesario hacer visibles las pérdidas irreversibles que se van a producir en el patrimonio que deberían heredar nuestros hijos, y es necesario hacer protagonistas, de algún modo, a las generaciones venideras. Habría dos acciones que ayudarían a que este robo del futuro fuera más entendido por la sociedad.

Una de ellas sería que se multiplicaran las demandas por afección de futuro promovidas por niños menores de diez años. No encajarán posiblemente en la cultura legal habitual, pero su emergencia en los medios de comunicación ayudará a que la sociedad entienda que, en lo más profundo, tienen derecho a su reclamación. ¿Cómo no entender que un niño tiene razón cuando demanda a un jefe de gobierno porque no hace nada para evitar la contaminación de las fuentes en que el niño debería beber el día de mañana?

Otra acción que ayudaría a que la sociedad percibiera a las generaciones venideras sería promover la creación formal de defensores de éstas. Estos cargos, que si fuera posible deberían ser reconocidos por las administraciones públicas, deberían defender los derechos y razones de quienes vivirán mañana.

Es paradójico que en muchos países existan defensores del pueblo, un pueblo que en definitiva existe y, a las malas, se puede defender solo, y de hecho lo hace en situaciones de excepción, sin embargo, no existen defensores de las generaciones venideras, que es obvio que no pueden defenderse por sí solas.

Apadrinar lo común

Uno de los problemas que existen en muchos países es que los ríos y las masas de agua son de todos; luego, no son de nadie; luego, no los cuida nadie; luego, los tienen que cuidar los funcionarios públicos, que para eso les pagan... Es una manera de razonar perversa, pero está bastante extendida.

Una opción para atajar este problema de descuido de un bien común como el agua es “trocear lo común” y repartirlo entre ciudadanos y organizaciones, para que tal tramo de río, tal acuífero, tal humedal “sea” de tal o cual colectivo de personas.

Se trata de que los ciudadanos “propietarios” o las organizaciones “propietarias” conozcan bien esos tramos, basándonos en la idea de que lo que se conoce se acaba queriendo, y lo que se quiere se acaba defendiendo.

En varios países existen proyectos que organizan voluntarios para cuidar esos tramos de río. Esta repartición es muy útil para combinar la propiedad común con la apropiación por un colectivo de una zona para su cuidado y defensa. Es muy difícil confiar la defensa del patrimonio natural solamente a los funcionarios públicos. El patrimonio común extendido debe ser defendido por la ciudadanía extendida.

Forjar alianzas plurales

La colaboración entre los actores del cambio puede ser puntual o más estable. Hay experiencias, la Alianza por el agua para Centroamérica es una de ellas, en la que administraciones públicas, empresas y ONG trabajan juntas en pro de un objetivo concreto. Cada cual es cada cual, pero, desde la diversidad y el respeto a las características sustantivas del otro, suman energías y talentos.

No son fáciles las alianzas, hay desconfianzas y hay recelos mutuos. Pero son un espacio de relación y de diálogo estructurado que permite sumar fuerzas y llevar a cabo proyectos comunes. Además, también permiten conocer mejor al otro, sus motivos y porqués y, en su caso, discutir con él con más conocimiento de causa.

Crear una alianza para un objetivo común es perfectamente compatible con el mantenimiento por los protagonistas de la alianza de divergencias y discusiones en otros campos. Crear alianzas plurales es practicar el principio, que comentábamos líneas arriba, de que debe ser posible para los constructores del cambio hacer dos cosas a la vez: trabajar juntos en las zonas de acuerdo y seguir discutiendo en las zonas de disenso.

Lo sagrado del agua

El agua no es un recurso más. Todas las religiones han hecho del agua un símbolo sagrado para nacer, para vivir, para morir...

Pero ese carácter sagrado no sólo está en los textos religiosos, también, por poco que se hurgue en la cultura popular, se encuentra en las creencias y en los mitos del Este y del Oeste, del Norte y del Sur del planeta.

Esa excepcionalidad del agua frente a cualquier otro elemento de la biosfera, frente a cualquier otro asunto medioambiental, debería ser utilizada para este cambio ambiental. En la historia de los cambios sociales las emociones juegan un papel mayor que las razones. A la tremenda fuerza argumental de las razones del agua debería sumarse la fuerza de lo no intelectualizado, de lo que existe en recodos de nuestro *yo* que ni nuestro *yo* comprende bien.

Ese “ejército de reserva”, que permanece somnoliento y acurrucado dentro de nuestros cerebros, atiborrados habitualmente de cifras y razones, el ejército de los mitos, de las leyendas, de lo sagrado, debería movilizarse para contribuir decisivamente a esta revolución del agua que necesita nuestro planeta y nosotros mismos.

Para entender el efecto invernadero hay que hacer entender el CO₂, la radiación..., cosas “raras”, no visibles a primera vista. Para entender la excepcionalidad del agua basta la auto observación o, más sencillo, recordar los cuentos de los abuelos. Es un camino corto hacia la comprensión, más cercano a la iluminación que recomiendan los maestros zen.

Dicen los niños en las calles cargadas de sol de Nicaragua: “¿me regalaría un vaso de agua?”. Lo dicen con la complicidad de saber que un vaso de agua ni se le niega a nadie ni se le vende a nadie. Ese carácter de bien común, en el que nace la vida, hace del agua en muchas culturas, incluso en sociedades secularizadas, un bien excepcional, que moviliza recursos emocionales excepcionales.

Si una sociedad logra fundir las razones científicas del agua y su carácter sagrado en una ola de movilización social, todo es posible. Si van divorciadas, lamentablemente, también todo será posible.

Estudios científicos

Los datos pesan más que las palabras. Es más difícil confundir un número que un adjetivo. Los estudios científicos por sí solos no cambian la realidad, pero para cambiar la realidad los estudios científicos son extraordinariamente útiles.

Una movilización social cargada de emociones y de gritos es muy importante, pero si va acompañada con el peso de la ciencia desnuda es apabullante. Por eso, conseguir la complicidad de estudiosos y de investigadores de departamentos universitarios es fundamental.

No es lo mismo decir que este río está contaminado, está sucio y huele mal a describir con precisión el grado de contaminación por mercurio, y contrastar ese dato con las tablas de la Agencia Medioambiental de Estados Unidos. No es lo mismo.

Con frecuencia las decisiones políticas se justifican por razones técnicas, que se presentan como no contaminadas por valores. Pero nunca hay decisiones neutras, y casi nunca hay sólo una manera de resolver un problema. Casi siempre hay varias alternativas posibles. Esclarecer ante los ojos de la sociedad esta pluralidad de enfoques científicos es muy importante.

Imágenes

Se dice que una imagen vale más que mil palabras, se dice que “ojos que no ven, corazón que no siente”. Esto ha sido siempre cierto, ahora lo es más.

El informe que realizó el Observatorio de la Sostenibilidad de España sobre la urbanización de la costa española ocupó las primeras páginas de los medios de comunicación porque comparaba fotos antiguas con fotos aéreas actuales. La visión de ambas fotos era demoledora. No hacían falta palabras. Todo estaba dicho con esas imágenes.

Poco después, Greenpeace España, utilizando un *software* de imágenes, comparó fotos actuales de conocidos ríos españoles

con una recreación de cómo sería la situación de ese río en el futuro debido al cambio climático. Esas imágenes se reprodujeron en muchas televisiones, revistas, periódicos...

El impacto político y mediático de estos informes gráficos fue enorme, seguro que mucho mayor que un dossier de doscientas paginas. La “traducción” de un informe a fotos o a vídeo es, casi siempre, una buena opción. Decirlo en imágenes es hacer que se “oiga” más.

Web 2.0

Los últimos años son años paradójicos. En muchas sociedades aumentan las quejas porque no hay participación social. Sin embargo, los últimos años nos han traído fenómenos mundiales de participación voluntaria inmensos. Wikipedia es una enciclopedia mundial, en muchos idiomas, y su creador es el pueblo, anónimo y plural. Linux, el *software* libre, fue creado por un ejercicio de colaboradores sin precedentes en la historia, por miles de personas que no se conocían previamente

Internet ha llegado para quedarse y está cambiando muy rápidamente usos y costumbres. Muchas iniciativas de protesta, propuesta, sensibilización, debate... tienen como soporte la red. Todavía debe haber más. La capacidad de la red para conectar a ciudadanos y entidades es casi infinita. Y la comunicación ya no será nunca más unidireccional, irá y volverá. Y la iniciativa partirá de la ONG o del ciudadano, de una ciudad cosmopolita o de una ciudad del Sur, y tanto dará. Lo mejor está por venir.

Además, la generalización del uso de móviles y cámaras digitales, unido a la emergencia de fenómenos masivos en internet como You Tube, hacen que pueda existir un periodismo digital ciudadano, masivo y descentralizado.

Este periodismo ciudadano puede ser un elemento de control social sobre las agresiones a las masas de agua mucho más extenso que cualquier plantilla laboral de las administraciones públicas.

La última represión del gobierno de Myanmar fue, casi al instante, traducida a imágenes grabadas en móviles y cámaras digitales. Sarkozy bajó su valoración en Francia por la grabación, que alguien realizó con un teléfono móvil, de su insulto a un ciudadano común.

Las nuevas tecnologías permiten que el poder controle más, pero también permiten controlar más y mejor al poder. Pueden ser una potente herramienta de cambio social.

Pactos de río

Que los usuarios y beneficiarios de un río pacten su uso ha sido siempre una buena cosa. Que peces, pescadores, agricultores, empresarios, ayuntamientos, ecologistas, piragüistas... discutan y se pongan de acuerdo ha sido siempre una buena cosa, aunque muy rara.

Ahora, con el cambio climático en el salón de nuestra casa, esos pactos deberían generalizarse. Estos acuerdos serán una manera de minimizar las tensiones y los conflictos que se producirán debido al incremento de la variabilidad climática.

En el pacto de río, con diálogo y participación social como ladrillos fundamentales, deben compartirse los sueños, los temores, los intereses de cada parte, y construir un proyecto común. En buena medida, habría que construir un acuerdo sobre el horizonte deseable, el que debe guiar los trabajos del presente para ir poco a poco construyendo el porvenir, un porvenir común.

Cuando el agua llega al cuello o cuando el agua no llega y las plantas se mueren de sed y los grifos no conducen agua, se piensa mal. Debemos anticiparnos a las crisis, promoviendo acuerdos cuando la lluvia frecuente a los negociadores y no cuando la situación ya es crítica.

Pero esos pactos de río no pueden hacerse sin contar con lo que “dicen” los otros seres vivos, ni sin contar con los derechos de las generaciones venideras. No puede construirse un consenso al margen del futuro, al margen de los otros seres vivos o al margen de lo que dice la ciencia. No podemos hacer un pacto de río... contra el río.

Píldoras de ánimo

Los constructores del cambio tenemos más éxitos de los que recordamos. Y esa amnesia provoca que el sentimiento de que no se puede hacer nada esté más generalizado de lo que debería. Para combatir el pesimismo, para generar esperanza en que se puede conseguir ganar la batalla a la sed y que podemos reconciliarnos con la naturaleza, necesitamos dar a conocer los éxitos que se vayan obteniendo.

No pecamos de narcisismo al contar lo bien que lo hemos hecho. Con la publicidad de los resultados positivos de nuestra acción logramos que otros, estén donde estén, se animen a intentar también el cambio. El viento del cambio está lastrado por un escepticismo muy antiguo, muy enraizado en el “alma humana”, el sentimiento de que al final nunca llegan las victorias.

Escepticismo y pesimismo trabajan mancomunadamente para diluir las energías del cambio presentes en la sociedad. En forma de abogados del diablo, tienen millones, o bajo cualquier otra forma corpórea, lo cierto es que existe una legión de “negacionistas” de que el mundo deseable sea posible. Hasta ahora, la fórmula magistral más contundente contra esta plaga de agoreros, extendida por los cinco continentes, es la publicidad de los éxitos ya conseguidos.

Algunas organizaciones recogen estas buenas prácticas, las ordenan y las visibilizan. Es una labor muy necesaria.

Construir un clima cívico

La simultaneidad de varias de las acciones descritas debería crear un clima cívico en el que los principales actores sientan que deben hacer algo, que es el momento, que de otro modo no están en su tiempo. Si se es capaz de crear este clima, empiezan a ocurrir cosas no previstas. La creatividad social se despliega

Crear ese clima debe constituir un objetivo explícito de los constructores del cambio. Cuando ese clima se ha creado, los políticos empiezan a aprobar presupuestos para las políticas de agua, la sociedad acepta subidas de precios, se crean normativas, se generalizan tecnologías... El tiempo se acelera, y los cambios con él.

Ese clima se genera por la simultaneidad en el tiempo de un conjunto de hechos de actores interdependientes que crean un estado de opinión colectiva. La opinión pública y la opinión publicada coinciden. Gobernantes y administrados se movilizan en una dirección compartida. De repente, hay recursos económicos, hay iniciativas y voluntad política. Todo parece haber cambiado. El viento del cambio se hace presente, impregna las instituciones, las empresas, las entidades sociales...

La clave para que ese cambio de clima se dé es la simultaneidad de las acciones: en el mismo lugar y en el mismo tiempo.

EPÍLOGO: NINGUNA HERRAMIENTA ES MÁS POTENTE QUE LA ESPERANZA

Algunas de las herramientas que se han propuesto en este libro son apropiadas para un país, otras para otro, no todas ellas tienen valor universal. En cada zona es necesario hacer un análisis concreto de la realidad concreta. Los constructores del cambio son artesanos, no realizan un trabajo en cadena.

Cada constructor del cambio, dependiendo de su posición, de sus posibilidades, de la coyuntura, que hay que leer con atención y mimo, elegirá de esta caja de herramientas aquella que le parezca más adecuada para el momento.

Y puede que en ocasiones lo más eficaz sea adaptar y construir una nueva y original herramienta, que mejore quizás las virtudes de algunas de las aquí expuestas, y que tenga menores contraindicaciones. Lo que debería hacer ese innovador social es dar cuenta de su descubrimiento y compartirlo, para que otros se puedan beneficiar de sus ideas.

El juicio último sobre cada herramienta es su utilidad, su eficacia y su eficiencia en aras del cambio profundo, rápido y extenso que necesitamos construir en el planeta para hacer las paces con el agua y con la biosfera, y para poder ofrecer agua buena a todos los seres humanos, habitantes del Norte y habitantes del Sur. Todos, finalmente.

Ninguna herramienta es más potente que la esperanza. Si los constructores del cambio no creen que éste sea posible, no ocurrirá. Por tanto, alimentar el fuego de la esperanza es una tarea muy importante. Y el fuego de la esperanza se alimenta con éxitos y con logros concretos. Con la finalidad de ayudar a incrementarlos están redactadas estas páginas.